

BOLSONES: BILGIERA

la conquista del
ESPACIO

LA FABRICA

marcus sidereo

CIENCIA FICCION



LA FÁBRICA

MARCUS SIDEREO



Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 171

Publicación semanal

Aparece los VIERNES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS —
MEXICO



Depósito legal: B. 35.965 —1973

ISBN 84-02-025254

Impreso en España —Printed in Spain

1.^a edición: noviembre, 1973

© MARCUS SIDEREO-1973 *texto*

© ANTONIO BERNAL-1973 *cubierta*

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2.

Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Mora la Nueva, 2 —Barcelona —1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así

como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

166—Perros del espacio, *Clark Carrados*.

167—Invasión verde, *Ray Lester*.

168—Enjambres humanos, *J. Chandley*.

169—La casa del frío eterno, *Silver Kane*.

170—La amenaza viene del pasado, *A. Thorkent*



YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE
SELECCION
TERROR

Creada para aquellos lectores que poseen nervios de acero y no temen traspasar las fronteras de lo irreal y adentrarse en un mundo desconocido, aterrador como una pesadilla, apasionante como la más increíble de las aventuras.

CAPÍTULO PRIMERO

PARA huir de la zona de atracción del entorno de Júpiter y su zona de influencia se precisa un vehículo capaz de alcanzar una velocidad de escape de sesenta kilómetros por segundo, de acuerdo con las tablas homologadas por la Sociedad Científica de Tráfico Espacial.

—No había combustible capaz de alcanzar esa velocidad —repetía Proktor caminando por la vereda pedregosa a orillas del lago Templado.

El viejo Stanislas caminaba a su lado con aspecto de perro vagabundo.

—Le has cogido manía, Proktor. Le has cogido manía —murmuró el tipo con aspecto de vagabundo.

Era un hombre campechano. La estampa de quien está ya de vuelta de todo y no espera nada, pero sabe vivir de acuerdo con las circunstancias.

Muy al revés del joven Proktor, todo nervio, dinamismo, ansias de superación.

—Lo tengo grabado en mi mente, Stanislas... ¡Todo aquí! —y se golpeó la frente—. Esto es algo que no se olvida... Seguramente hoy la técnica ha avanzado, a menos que la gente haya alcanzado tal grado de superación que sólo viva de las drogas autorizadas.

—¿De cuándo hablas, Proktor? —inquirió el viejo con énfasis.

—No lo sé y no quiero saberlo. Pero habrá algún medio de huir de aquí.

—¿A sesenta kilómetros por segundo? —sonrió Stanislas—. ¡Tonterías! Eso es imposible.

—No. No es imposible... En la fábrica... El secreto está en la fábrica... —repetió obsesionado Proktor.

—¡Tabú! —exclamó el viejo.

—¿Eh?

—En mis tiempos empleábamos la palabra "tabú" para designar todo lo prohibido...

—¡Tus tiempos! ¿Cuántos miles de años tienes, Stanislas? Yo pertenezco a otra época... La gente era distinta. No existían tabúes entonces...

—Siempre han existido tabúes. Lo que ocurre es que los llamabais de otra manera... Prohibiciones, pecados, cosas no autorizadas... Tanto en política como en sexo. ¿No era así en tu época?

—Hace tanto tiempo...

—¡Manías! Eso es lo que tienes... Manía a ese sitio. Se vive bien aquí. ¿Por qué quieres mudarte?

—Pues no sé... Es tan distinto... En mi mundo deberían conocer esto. Es el progreso. Lo desconocido...

—Ya no es desconocido, puesto que tú lo conoces, y como tú, yo y tanta gente... ¿Por qué quieres largarte?

Proktor no contestó. Tenía la mirada fija en la estructura metálica que relucía ante la luz directa que llegaba del astro que calentaba la zona

jupiteriana.

Stanislas volvió la mirada hacia aquella estructura enorme. Alta, inabordable y sin puertas para poder penetrar en ella.

Era una edificación singular.

—Alta como un rascacielos de doscientos pisos —murmuró Proktor mirando las planchas metálicas de color de aluminio.

—¡Rascacielos! Nosotros vivíamos en chabolas —murmuró el viejo y enseguida añadió—. Pero no debe obsesionarte la idea de meterte ahí... Otros lo han intentado...

—Lo sé, lo sé —repuso Proktor con los ojos fijos en el edificio.

—Es enorme... Podría albergar a una ciudad como las que tú has conocido —comentó Stanislas—. Y nadie sabe lo que hay dentro... Es la fábrica.

—¿La fábrica? ¿Pero de qué...? ¿Qué demonios se fabrica ahí? ¿Es que lo sabe alguien? —espetó Proktor sin poder quitar los ojos de aquel lugar.

La reverberación del astro que iluminaba el habitáculo ejercía un extraño poder. Era como un imán atrayendo las miradas de los humanos.

—Es mejor que no trates de descubrir lo imposible. Nuestra ciencia es limitada. Y nuestros sentidos también. No podemos saber lo que hay más allá...

—Déjate de tonterías, Stanislas... Ahí hay algo... Quizá la clave de todo.

—Tú sólo buscas huir. ¿Qué te falta aquí? ¿Di?

Proktor no contestó, avanzó decidido hasta la estructura metálica. Hasta la fábrica.

Se detuvo ante uno de aquellos inmensos muros de color de aluminio y levantó los ojos hacia lo alto.

"Un rascacielos de doscientos pisos."

A tres metros por planta representaba una altura de seiscientos metros... ¡Y no había ninguna puerta!

Sin embargo, a veces, se abría un boquete y dejaba libre una abertura... Algunos habían logrado cruzar aquella abertura, pero jamás volvieron a salir.

—¿Qué demonios hay aquí dentro...? ¡Qué hay! —exclamó Proktor obsesivo.

—¡Eh, Proktor! —gritó Stanislas un par de cientos de metros detrás suyo.

Proktor se volvió.

—Ya sé que te da miedo hasta acercarte. Eres viejo. Tienes miedo a la muerte...

—¡No digas bobadas! —repuso el viejo—. Quería advertirte que vamos a tener visitas...

Proktor regresó junto a Stanislas que estaba mirando hacia arriba.

—No podemos verle, pero se acerca alguien... ¿No oyes? —añadió el viejo.

Un ruido lejano que era posible oír gracias a la nitidez atmosférica anunciaba la presencia de un vehículo espacial.

La carencia total de ruidos y las especiales circunstancias del habitáculo

permitían la presunción de un objeto volador aún a miles de kilómetros.

Proktor pudo percibir aquel ronquido inconfundible.

—Hace tiempo que no ha aparecido ningún bólido por aquí... —comentó—. Mucho tiempo.

—Se habrán perdido, seguramente —sonrió el viejo Stanislas—. Conoceremos a gente nueva. Vamos a darles la bienvenida al paraíso.

Proktor fulminó al viejo con la mirada.

—¿Paraíso? —comentó.

—¡Bueno, hombre! Llámale como quieras, pero de hecho éste, es el paraíso soñado. Lo que ocurre es que nunca estamos conformes con lo que tenemos. ¡Vaya una raza la nuestra!

Proktor miró al aire y luego volvió los ojos hacia la "fábrica".

Stanislas pareció comprenderlo, pero prefirió no hacer ningún comentario y comenzó a andar en dirección opuesta entontando un silbido que era peculiar en él.

Proktor siguió durante bastante tiempo con la mirada puesta en el edificio. En "la fábrica".

Capítulo II

LOS Borges representaban, por su aspecto, ser un matrimonio típicamente burgués en una era de considerables adelantos, como demostraba el bólido de placer conducido por el piloto Wander que tripulaba la pequeña nave.

Los Borges con sus cuarenta y tantos años y una hermosa hija de veinte querían hacer valer sus derechos en el interior de aquel paréntesis metálico a prueba de accidentes.

—¿Qué pasa, capitán? ¿Todavía seguimos fuera de nuestra trayectoria? Esto no es lo que nos prometieron...

—¿Quiere callarse de una vez, amigo? —espetó el piloto intentando encontrar la ruta en unas pantallas coordinadoras que habían dejado de funcionar.

Accionó unos mandos que tampoco obedecían, y sólo la pantalla de control piloto indicaba una ruta totalmente desconocida para el capitán Wander.

—Estos no son modos de contestar, capitán —expuso Clem Borges con su voz chillona, desagradable, propia del dirigente acostumbrado a seguir unas normas y dar órdenes sin esperar réplica alguna.

—Le he dicho lo que ocurre, señor Borges. Será un fallo técnico. Esto es algo imprevisible... Si conseguimos volver, presente una reclamación a la compañía. Es todo lo que puedo decirle.

—Yo pagué para dar un paseo espacial y visitar nuestros satélites y estaciones interestelares... Un viaje de éstos cuesta un riñón...

—¡Maldito sea quien programó esos viajes de placer! Las rutas espaciales son demasiado complicadas para supeditarlas al dinero de los magnates que quieren hacerse notar ante sus amigos...

—¡Me está insultando, capitán! ¡Haré que le despidan...! Yo tengo mucha influencia.

—¡Y mucho dinero! Eso es lo malo —repuso el capitán Wander...

—Papá, por qué no dejas de discutir —adujo por fin Donna, la hija del matrimonio.

—¿Discutir? Yo no discuto. Doy órdenes. Pagué un viaje y soy quien manda en la nave. Exijo que se me devuelva al punto de partida.

El piloto ni siquiera contestó. Fue Donna la que comprendiendo mejor la situación trató de hacer comprender a su padre cuál era la realidad.

—Estamos perdidos, papá. Algo funcionó mal. El capitán Wander está tratando de averiguar cuál es nuestra situación.

Wander se volvió un momento y sonrió a la joven.

—No gaste saliva. No lo entienden... Su padre sólo se preocupó de hacer dinero. Pensó que con dinero podía tenerlo todo. Bien... Que intente enderezar nuestra ruta... A lo mejor su influencia le sirve aquí arriba.

—¡Esto es una insolencia! —espetó Borges mirando a su mujer con aire de suficiencia.

—No te sulfures, Clem. No es bueno para tu hígado —recordó la mujer con una expresión que en el lugar donde se encontraban sonaba a estupidez elevado al cubo.

—¡Me quejaré! ¡Pilotos como ése no tienen derecho a tripular naves que cuestan una fortuna alquilarlas!

—Si no calla, señor Borges —atajó el piloto—, le aseguro que dejo a la nave en libertad y que nos lleve donde sea...

—¡No se atreverá! —protestó el señor Borges.

—¡Por Dios, papá! Ya está bien —atajó a su vez Donna—. Estamos en peligro. ¿Es que no te has dado cuenta?

—Si sufrimos algún daño, la compañía de seguros tendrá que pagar —aseguró Clem Borges con suficiencia.

Sí. Indudablemente aquel hombre lo tenía todo previsto... Al menos en la Tierra, pero sus palabras en el Espacio sonaban a ridículo. Sobre todo teniendo en cuenta de que el vehículo espacial alquilado en la agencia de "Viajes fascinantes" flotaba por el espacio atraído por una fuerza desconocida que era totalmente imposible de dominar por el piloto.

Donna, la más sensata, ocupó el puesto contiguo a Wander y murmuró:

—No haga caso de lo que diga papá. Nunca se ha movido del sillón presidencial de un consejo administrativo...

—No hace falta que lo jure —repuso Wander escéptico.

—Vamos mal, ¿verdad?

—Algo nos atrae. No hay más remedio que seguir la trayectoria. No parece que haya peligro por ahora, pero no puedo descuidarme. Si la fuerza de atracción aumenta... Pónganse los cascos de seguridad y los respiradores. ¡Ah! Y átense bien a las sillas. Nunca se sabe.

—Sí, Wander —sonrió ella.

—¿No tiene usted miedo? —sonrió el piloto.

—Un poco, la verdad... Pero con usted me siento segura.

—En el espacio todos somos un poco novatos. Pero corremos la misma suerte... No tenga miedo. Y díglele a su padre que a lo mejor le harán pagar un suplemento por haber disfrutado una aventura inesperada...

Wander sonrió. Inspiraba confianza a Donna. Sus padres, en cambio, se mostraban inquietos, pero convencidos de la seguridad preconizada por la agencia de viajes. Pensaban que su vida estaba salvaguardada por la propaganda y por el dinero que habían desembolsado.

Donna no. Donna pertenecía a una generación harta de tanta seguridad prefabricada y falsa. Donna sabía que el dinero era sólo un símbolo. Algo que en ningún caso podía garantizar ni la seguridad, ni el futuro porque "tenía que existir" un sistema mejor. Y en cualquier caso la inteligencia era superior a la posesión de una saneada cuenta corriente...

Sus pensamientos fueron bruscamente interrumpidos por la sacudida que se produjo en la nave.

—¡Sujétense! —gritó el piloto.

—¡Aprenda a conducir mejor! —espetó a su vez Borges, pero las constantes y repetidas sacudidas hicieron callar al hombre que creía que con una palabra suya podía paralizar el mundo... o al menos su mundo.

Aquel, sin embargo, era un mundo totalmente desconocido y hasta una nave metálica "construida" con los más modernos adelantos tenía que inclinarse.

Los esfuerzos de Wander para evitar los vaivenes producidos por el campo de atracción de un habitáculo desconocido eran tan intensos como inútiles.

Donna volvió a su lado y se ató con los cinturones de seguridad.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó.

—¡Sí! Mantenga esa palanca hacia usted. Apriete con fuerza. Es para evitar que sigamos dando vueltas...

Ella obedeció.

El piloto pulsando otros botones, efectuando contactos y desconexiones consiguió aminorar la endiablada velocidad del vehículo que al fin, tras unos minutos de desconcierto, logró la estabilización.

Los Borges se habían desmayado y Wander murmuró, viéndoles por el espejo retrovisor:

—Es mejor así...

—¿Dónde vamos ahora? —inquirió Donna atenta al ventanal circular de la nave.

—Ahí abajo. Hay tierra. Tiene una atracción muy superior a nuestro planeta...

—Pero... ¿Qué es todo esto exactamente? —inquirió Donna.

—No lo sé. De veras. No sé adónde vamos —repuso el piloto comenzando a echar el freno para prevenir un "atterrizaje" completo.

Capítulo III

EL recibimiento a los Borges no fue apoteósico porque faltaron los vítores. En cambio sobró la curiosidad.

Un sinfín de personas acudieron a "ver" a los nuevos visitantes del entorno de Júpiter.

Proktor y el viejo Stanislas estaban entre la gente que deseaba ver a los ocupantes de la nave.

El primero en salir fue Wander con la escafandra-respiradero que asomó y echó una ojeada general a la concurrencia.

Sus ojos a través del cristal sintético mostraban la natural extrañeza. Evidentemente no esperaba ver a tantos "humanos" física y corporalmente tan parecidos a los habitantes de su planeta.

Un hombre de los presentes fue quien rompió el silencio cuando detrás del piloto Wander asomó Donna igualmente cubierta con la escafandra espacial.

El hombre era conocido en el habitáculo por Klaus.

—Si proceden de la Tierra pueden bajar tranquilos y quitarse la escafandra —dijo Klaus—. Encontrarán una atmósfera sumamente agradable, y no les faltará nada. Salgan. Salgan tranquilamente.

Tras vencer algunas dudas, Wander fue quien dio el ejemplo y quitóse la escafandra para comenzar a descender los tres peldaños de la nave.

Los más jóvenes no tardaron en rodear el artefacto para comprobar su constitución, su consistencia, su forma en general, y empezaron a comentar entre sí.

—Es un nuevo material...

—Se parece al de mi época —comentaba otro.

Donna, detrás del piloto, algo asustada, sin la escafandra ya, aguardó acontecimientos.

Proktor, que seguía junto a Stanislas, avanzó hacia adelante con los ojos clavados en la joven.

—Es muy hermosa —comentó...

—Hum —murmuró el viejo con una pícara sonrisa danzando en sus astutos y veteranos ojillos.

Wander se dirigió a la concurrencia:

—Parecía que nos estaban esperando... ¿Hablan como nosotros? —inquirió.

Klaus asintió.

—Procedemos del mismo sitio. Más o menos todos llegamos a este sitio accidentalmente —contestó el que parecía hablar en nombre de todos los reunidos.

—¿Qué lugar es éste?

—Lo llamamos "La Fábrica" —respondió Klaus—. Algunos prefieren decir "El Paraíso".

—¿Órbita terrestre? —inquirió Wander.

—¡Oh, no! La Tierra queda lejos... Esto queda en la zona de Júpiter. Al menos eso dicen los más entendidos.

—¡Júpiter! —exclamó el piloto incrédulo—. Esto está a muchos años luz...

—Sí... Es un misterio. Pero la velocidad terrestre deja de ser problema en determinadas zonas del espacio. Se pueden recorrer miles de años en un segundo. Aquí se olvidarán de todo. El tiempo tampoco cuenta en "La Fábrica".

Donna preguntó a Wander:

—¿Olvidarnos de todo? ¿Es que ese hombre intenta decirnos que no podremos salir de aquí?

—Cálmese, no lo sé... Vea qué hacen sus padres. Aquí estamos entre amigos y todos necesitamos un buen descanso.

Donna asintió y Wander avanzó hacia Klaus.

—Necesito echar un vistazo a mi nave, pero sobre todo descansar. Traigo pasajeros. Soy piloto interespacial al servicio de una compañía comercial.

Los dos jóvenes que seguían en torno al aparato se volvieron con sorpresa:

—¿Hay compañías comerciales dedicadas a esos viajes? —inquirió uno de ellos.

—Bueno... Claro —contestó Wander extrañado por la pregunta—. ¿Es que no lo sabíais?

Los jóvenes se miraron mutuamente sin responder.

—Sois casi unos muchachos. ¿Cuánto tiempo lleváis aquí?

Tampoco hubo respuesta a la nueva pregunta del piloto capitán Wander.

Fue Klaus quien le sacó medianamente de dudas.

—No pregunte por el tiempo aquí, señor... Nadie conoce con exactitud cuánto lleva. No existe el tiempo en este habitáculo.

—No entiendo —repuso Wander—. Entonces..., ¿quiere decir que todos llevan años aquí?

Ahora fue Proktor quien avanzó para intervenir.

—Usted habla de años, piloto... Y ésta no es la palabra justa... Algunos llevan épocas... "Épocas". ¿Entiende?

—Intento entender —repuso Wander frunciendo el entrecejo.

—Siglos —espetó Proktor—. Este por ejemplo. Stanislas. —Y señaló al viejo vagabundo—. En su época vivían en chabolas... No sabe qué es un rascacielos... Y lo que entiende de electrónica lo ha aprendido aquí... Y como él otros... Y esos jóvenes no han visto más naves espaciales que en los primeros intentos de alunizaje... Naves pioneras que en mi época las exhibíamos en los museos...

—¡Dios mío! —exclamó Wander volviendo a mirar en torno suyo.

Entre los reunidos podía observar a gentes de todas las edades, vestidos con trajes confeccionados con fibras parecidas a las vegetales. Todos —cada cual en su edad— parecían gentes vigorosas y los había de diferentes años,

muchachos, jóvenes, gente madura y viejos.

No había más que tres o cuatro mujeres entre la aglomeración.

—No intentarán decirme... —vaciló Wander—que en este lugar no se envejece.

Klaus fue quien volvió a tomar la palabra.

—Exacto. Aquí no se envejece. No existe la muerte...

—¡Sí existe! —protestó Proktor...

—No seas impulsivo, hermano —corrigió Klaus en tono paternal—. No existe... A menos que uno quiera exponerse. Sin embargo, tampoco podemos asegurar...

Proktor avanzó hacia la nave.

—No se puede salir de aquí, piloto. Estamos condenados en este paraíso. Pero hay un medio de salir... Y ahí está la muerte. Lo desconocido.

Wander clavó la mirada en el incisivo Proktor.

Todo el mundo permanecía en silencio. Stanislas se mostraba entre escéptico y aburrido ante una perorata que sin duda ya había escuchado otras veces antes de entonces.

—¿A qué se refiere? —inquirió Wander interesado.

Proktor señaló un punto en la lejanía, visible gracias a que todo el terreno estaba constituido por una inmensa llanura.

El punto débilmente luminoso gracias al material reflectante era aquel gran edificio sin puertas.

—¡La fábrica! —exclamó Proktor sin dejar de indicar con el índice su emplazamiento.

Wander volvió la mirada hacia el lugar.

—Allá... A un kilómetro de distancia está el secreto de todo... Los viejos lo saben pero no quieren hablar. Pertenecen a una época demasiado antigua. Tienen miedo... Y los jóvenes tampoco quieren arriesgarse.

Un muchacho se aproximó. Su apariencia era de unos quince años.

—Sabes que yo iría contigo, Proktor.

Otros se aproximaron al que había hablado.

Wander se volvió hacia aquel muchacho y le preguntó:

—¿Cómo llegaste aquí?

—Fue un vuelo experimental... En el Centro Correccional. Nos obligaron...

—Era un correccional —explicó Proktor—. Necesitaban cobayas. La mayoría de esos chicos no tenían padres. A nadie le importaba que murieran.

Stanislas intervino.

—¿Y quieres volver a un mundo que obligan a los chiquillos a realizar esos viajes?

Wander se volvió hacia el viejo.

—¿Y usted? ¿No pertenece a una época remota? ¿Cómo vino aquí?

—Una vez vino un artefacto extraño. Todo el mundo se escondió en sus chabolas. Yo era curioso por naturaleza, y entré dentro. Aquello se puso en

marcha y ya no sé lo que pasó, pero desperté aquí. Soy el único que queda...

—¿Y los que tripulaban la nave? —preguntó Wander.

Tras un silencio, el viejo comentó:

—Quisieron entrar en "La Fábrica". Y ya no volvieron a salir.

Capítulo IV

DONNA salió acompañando a sus padres. Clem Borges no cesaba de reclamar sus derechos.

—Quiero regresar a mi casa. Exijo que nos devuelvan a nuestra casa.

Wander estaba ya reunido con los demás. Donna intentaba calmar a los suyos y se encontró con la ayuda de Proktor.

—Vengan conmigo.

—¿Quién es ése? —protestó Clem Borges—. ¿Dónde estamos? ¿Qué satélite es éste?

—Estamos en zona de Júpiter, señores —anunció Proktor—. Les llevaré a la parcela de descanso. Necesitan dormir. Siempre ocurre así cuando se hace un viaje accidentado. Vengan.

—¡Quiero una explicación! ¡Exijo saber dónde estoy! —siguió protestando Borges.

Wander se aproximó.

—Quería usted unas vacaciones, ¿verdad? —sonrió—. Temo que aquí van a ser muy prolongadas, pero interesantes. Muy interesantes...

Dejó que Proktor, al que se le unió Stanislas, acompañara al matrimonio y a la hija y siguió rodeado de los demás.

Los jóvenes, que ya habían empezado a tomar confianza en el recién llegado, le rodeaban acosándole a preguntas.

—¿Cómo funcionan las modernas astronaves?

—¿Qué combustible utilizan?

—¿Qué velocidad de escape poseen?

—¿Cómo se controlan?

—No hagáis tantas preguntas a la vez, muchachos —recomendó Klaus. Ya habrá tiempo.

—¿Qué hay de esa Fábrica? —inquirió Wander a su vez...

—Es mejor que la olvide —contestó Klaus.

—¿Por qué?

—Ese joven habló de la Fábrica como la solución para regresar.

—Nadie sabe lo que hay en la Fábrica... Los que han entrado, como muy bien ha dicho Stanislas, jamás salieron... Por eso Proktor la llama la muerte... Pero, si se olvida de ella, puede vivir tranquilamente. No nos falta nada, y la atmósfera genera vida, una vida que jamás se extingue. Venga con nosotros y observe nuestros campos, nuestras cosechas. Nadie tiene que sembrarlas. Todo se reproduce espontáneamente.

—Pero es necesario regresar... Tenemos nuestro sistema de vida en la Tierra, nuestras casas, nuestro...

Klaus sonreía beatíficamente. Era un hombre que había sobrepasado la cuarentena. Se le veía fuerte, vigoroso y con mirada inteligente, pero sobre todo muy reposado, como si estuviera de vuelta de todas las cosas.

—¿Y qué? Claro que comprendo su inquietud. A todos nos ha ocurrido, pero cuando lleve algún tiempo aquí, se acostumbrará y le gustará esta vida.

—Llevo a una familia conmigo. Han pagado para realizar una excursión con unos límites... Ellos quieren volver y yo soy responsable.

—En este lugar terminan todas las responsabilidades —fue la respuesta del reposado y sereno Klaus—. No se puede hacer nada. Su nave quedará inmóvil.

—Cuando pueda recuperarla...

—Tranquílcese. Olvídense ahora del viaje. Después de un descanso es posible que vea las cosas desde otro punto de vista. Hágame caso.

Wander era hombre activo. En eso se parecía a Proktor y por ello declaró:

—Quiero ver esa Fábrica...

Se hizo un silencio. Nadie mostró intención de secundarle, pero Wander insistió.

—¡Quiero verla! Si representa la clave para salir de aquí no me importa el peligro que pueda correr. ¿No lo comprenden? Tengo una responsabilidad.

Klaus todavía trató de disuadirle.

—Todos hemos tenido responsabilidades en nuestro momento...

—Escuche... No trataré de decirme que están todos muertos, ¿verdad?

Se hizo otro silencio y Wander alzó la voz con mayor fuerza.

—¡Contesten! ¿Es que se creen muertos? Todos parecen resignados a no salir. ¿Qué les pasa?

—Nada, señor. No nos pasa nada... —sonrió Klaus.

—Está bien... Hablaré con ese joven. Parece más decidido que todos ustedes... ¿Cómo se llama?

—Proktor —dijo Klaus.

—Proktor... Eso es. Le pediré que me acompañe a esa Fábrica. Necesito hacer un informe de ese lugar y ver el modo de salir de él.

Nadie contestó. Las palabras de Wander fueron acogidas con escepticismo.

Pero Wander estaba dispuesto a seguir adelante, y era hombre tenaz y difícil de disuadir en cuanto se había propuesto algo.

"La Fábrica" empezaba a obsesionarle...

* * *

—Esta es "La Fábrica" —anunció Proktor frente a los muros metálicos.

Wander examinó aquella pared interminable. Midió mentalmente la altura de la muralla y preguntó:

—¿Es igual por los cuatro costados?

—Sí. Completamente cuadrada.

—No hay techo...

—No se puede ver desde aquí. Habrá observado que la zona es completamente llana. No existe ningún observatorio.

—¡Mi nave! Si consigo elevarla podríamos sobrevolar esta edificación...

Proktor se encogió de hombros.

—¿Es que nadie lo ha probado? —inquirió Wander.

—No tenemos naves.

—Pero todos han llegado aquí a bordo de algo, ¿no...?

—Sí, pero... nunca han conseguido sobrevolar. Debe ser una cuestión atmosférica. La última que vino no era tan moderna como la suya... Tuvo un aterrizaje muy malo y quedó inútil desde el primer momento, pero antes que ésa llegaron otras, jamás consiguieron remontar el vuelo. Se necesita una fuerza especial de despegue.

—No pretendo huir del habitáculo. Me basta con sobrevolarlo. Explorar el terreno. Ver qué hay al otro lado de esos muros.

—Una fábrica...

—¿Una fábrica de qué?

Proktor pareció pensar un poco la respuesta.

—Una fábrica de todo...

—¿Cómo pueden saberlo, si no han entrado nunca? —preguntó Wander de pronto.

—Algunos decían saberlo. Y ellos entraron.

—¿Y no volvieron a salir?

—No. Eso es lo que infunde miedo. El único miedo que se respira en este habitáculo.

—Pero usted está dispuesto a entrar.

—Sí, Wander. Lo estoy deseando. Me gustaría volver a la Tierra. Contar mis experiencias... Ver todo aquello. No es que aquí se esté mal. Al fin y al cabo uno se acostumbra a todo... Y ya se dará cuenta de que no nos falta nada. Pero yo creo que la vida es algo más que todo esto. Vivir..., vegetar, teniéndolo todo resuelto no lo es todo..., aunque muchos luchen y mueran por ello.

—¿Es cierto que existen gentes de todas las épocas? —inquirió el piloto variando de pronto de tema.

—Sí. Es cierto.

—Esto significa que nuestros descubrimientos... no son tan modernos.

—Eso lo hemos pensado todos... Siempre existieron naves, procedentes de otros planetas. Unos llegaron aquí por curiosidad, como el viejo Stanislas, otros obligados, otros prisioneros en una nave que se perdió y fue a parar aquí... Esta es la realidad... —Y señalando los muros metálicos de la fábrica añadió—. Y éste es el gran misterio.

—Sí, Proktor. Tiene razón. Debemos desentrañar ese gran misterio, tal vez en ello esté el secreto de esa vida que todos aspiramos... Pero nuestro deber es darla a conocer.

—Piensa usted lo mismo que yo, Wander. Seremos amigos.

Instintivamente los dos hombres se dieron la mano. Luego el piloto comentó:

—¿Qué le parece si volviésemos de noche? Intentaré hacer volar mi cacharro. Proktor sonrió.

—¡Oh, no! Aquí no existe la noche, amigo mío. Es..., digamos otra ventaja. Siempre hay la misma luz.

Wander creía estar soñando... a pesar de ser pleno día.

Luego los dos amigos volvieron su mirada hacia los muros metálicos de la extraña "Fábrica".

Capítulo V

WANDER terminó aporreando los mandos de la nave. Ninguno funcionaba. La línea indicadora del combustible indicaba que había suficiente para emprender una órbita normal alrededor de un planeta normal, sin embargo, el bólido seguía inmóvil.

Proktor sonrió y objetó:

—Se lo dije, Wander. Aquí no hay nada que vuele.

En derredor del aparato los muchachos seguían expectantes o golpeaban el laminado del fuselaje.

Wander hizo unas comprobaciones en las diferentes pantallas. En una de ellas aparecía una línea zigzagueante, como un rayo que hubiese quedado fotografiado en el momento de producirse.

—Hay una interferencia. Estoy seguro... ¿Ve esto?

Proktor asintió.

—Es la comprobación de interferencias. Esta línea señala el cuerpo que se interfiere...

—Sea lo que fuere no logrará ponerlo en marcha. Wander miró en dirección al punto luminoso que indicaba el lugar exacto del emplazamiento de la Fábrica.

—¿Cree que esa interferencia puede salir de allí?

—Es probable —admitió Proktor.

—¿Dice que todo el terreno es llano?

—Todo.

—¿Lo han explorado?

—Pues sí. Aquí hay tiempo para todo. Vayas donde vayas, encuentras comida y lugares para descansar. Tenemos una vegetación excelente. Y no digamos de la temperatura.

El propio Wander había prescindido del traje reglamentario para los vuelos espaciales y ahora lucía sus brazos con la camisa remangada, mostrando unos bíceps poderosos propios de un atleta acostumbrado a entrenamiento continuo.

Proktor, con su traje de fibra semejante a la vegetal, pantalón corto y camisa sin mangas, estaba también proporcionado a su corpulencia media.

—Si pudiéramos arrastrar la nave más lejos... fuera de la posible influencia de esos muros —musitó Wander como si hablara consigo mismo.

—Sería lo mismo. Otros lo intentaron ya.

Wander golpeó con el puño el cuadro de mandos.

—¡Tiene que haber una solución!

Proktor dejó de escucharle. Sus ojos habían advertido la presencia próxima de algo que le interesaba más: Donna.

—Disculpe —sonrió y fue al encuentro de la muchacha.

—¿Han descansado? —le preguntó al llegar junto a rila.

—Sí. Esto está muy bien. Parece como si los pulmones se revitalizaran... Me gustaría tener los aparatos para analizar el oxígeno... Soy estudiante de química...

—¿Cómo están sus padres?

—Bien. Aunque papá está gruñendo. No se hace a la Idea de que esto es una fuerza mayor. Está acostumbrado a mandar pulsando botones. Esta cura de humildad quizá le convenga.

—¿A usted no le importa quedarse aquí?

—Bueno... De momento estoy bien. ¿Ha conseguido solucionar algo nuestro piloto?

—No. Y me parece que ya empieza a comprender la realidad... —repuso Proktor cuando Wander saltaba ya del bólido con aire fastidiado.

—¡Es inútil! ¡Todo está atascado! —gruñó.

Donna y Proktor se aproximaron y fue ella quien lanzó la pregunta:

—¿Y la radio?

Wander frunció el entrecejo.

—¿No se puede intentar lanzar un mensaje? —insistió ella.

—Perdimos el control hace mucho tiempo... Por cierto... ¿Cómo se calculan aquí los días...?

La pregunta iba dirigida a Proktor que contestó simple y llanamente.

—Uno empieza a hacer sus cálculos durante los primeros tiempos, pero luego se pierde o se cansa...

—Entonces... ¿Cómo se sabe...? —empezó Donna.

—No se sabe —sonrió Proktor—. Cuando llega alguien le hacemos preguntas y por los adelantos deducimos la época...

—No hay que hacer preguntas... —repuso el piloto—. Sólo hace una semana que salimos...

—Usted no puede saberlo con exactitud Wander —repuso Proktor—. Perdió el control en el espacio. Ignora el tiempo que ha transcurrido. Quizá un siglo...

—¡Esto es absurdo! —protestó Donna.

Wander ya no hizo objeciones. Empezaba a comprender... Y por ello comentó.

—Stanislas vivía en una época prehistórica. ¿No es así?

Proktor asintió.

—Ya... Lo siento, Donna, por usted, por sus padres... Sólo puedo decir que seguiré luchando. No me resignaré, pero empiezo a dudar de mi éxito. Y le advierto que no soy fácil de convencer... —Se dirigió a Proktor para preguntarle.

—¿Tiene idea de cómo entrar en la Fábrica?

—Es cuestión de suerte. Las paredes parecen no tener juntas, pero en algunos lugares se abren boquetes. Es probable que esto se consiga desde el interior. Hay que permanecer en vela...

—¡Un momento! ¿Han intentado taladrar los muros con un soplete? —

preguntó Wander.

—Nuestros sopletes no sirven para esa clase de material. Deben ser demasiado antiguos o tal vez se encuentren con un metal más duro.

—¡Espere! Yo tengo un soplete para casos de emergencia. Se pueden soldar y taladrar los cuerpos más duros que se conocen. Se lo mostraré...

En el armario de las herramientas, Wander tomó el soplete. Era un artefacto más bien pequeño, provisto de unas baterías conectadas al tubo cilíndrico. Un botón indicaba la posición adecuada para taladrar o soltar el líquido para las soldaduras. Una palanca en la base era el único mando para su utilización.

—Es de manejo sencillo, pero muy eficaz —dijo el piloto.

Proktor lo examinó.

—Nunca había visto ninguno igual. Por probar no se pierde nada. ¡Vamos!

—¿No quiere avisar a nadie?

—Si conseguimos entrar..., cuide usted de advertir a los otros —dijo Proktor dirigiéndose a la muchacha.

—¿No puedo entrar con ustedes? —preguntó ella.

—De eso ni hablar —sonrió Proktor—. Ya conoce la leyenda. Se entra, pero no se sale. —Luego, acentuando su sonrisa, añadió—: Pero Wander y yo saldremos, ¿eh?

—¡Oh, claro! —repuso el piloto.

Los tres se encaminaron hacia el pie de los muros metálicos.

Capítulo VI

WANDER dirigió la cabeza del soplete hacia la pared laminada, ante la expectación de Donna y Proktor.

—Cualquier sitio es bueno para probar —comentó el piloto y seguidamente accionó el interruptor.

El chorro surgió hacia el muro. Era como un rayo delgado, endeble, pero el piloto aconsejó:

—Cuidado. Una chispita de esto es fatal.

—¿De qué está compuesto? —preguntó Proktor apartándose ligeramente junto con la muchacha.

—Es un derivado del láser.

—¿Láser? En mi época se estaba experimentando tan sólo, pero todavía no había llegado a comercializarse.

—Sería largo de explicar. Esto es cinco veces más potente... Veremos si da resultado.

La lámina parecía resistirse, sin embargo, su entorno comenzó a teñirse ante la potencia del diminuto rayo.

—¡Se reblandece! —exclamó Donna.

—No se acerquen —aconsejó el piloto a su vez.

Había colocado la máxima potencia de escape. El rayo era un chorro a presión que rebotaba contra la lámina metálica, pero, sin embargo, no conseguía taladrarla.

—No es tan dura... Pero se resiste —masculló Wander.

Proktor tuvo una idea y la puso en práctica. Tomó un palo. Habla muchos por el suelo. Eran trozos de ramas caídas que con el tiempo se mondaban solas.

Se aproximó a la pared y con el bastón pinchó la lámina.

—Parece blanda, pero no lo está... Sin embargo, ha cambiado de color —dijo.

—Es cuestión de tiempo —repuso Wander aplicando el chorro al mismo lugar.

Donna estaba examinando aquel muro liso, inexpugnable. De pronto sus ojos parecieron paralizarse. El terror se retrató en su semblante, cuando sin apenas voz balbució:

—Miren... Allí.

Proktor volvió la mirada hacia el punto donde indicaba la muchacha y Wander dejó de accionar el soplete.

En un lugar cualquiera de la pared metálica había aparecido una figura como surgida del interior.

La figura tomó vida y anduvo unos pasos hacia ellos. Era ciertamente la estampa de un hombre. Iba casi desnudo y estaba extremadamente delgado.

Sus ojos fijos, inmóviles, parecían ciegos. Y el hombre o aparición siguió

andando hacia ellos.

—¿De dónde ha salido eso...? —exclamó el piloto con la mirada fija en la figura.

El recién aparecido se detuvo. No dijo nada, permaneció inmóvil, pero todos tuvieron la sensación de que intentaba indicarles algo.

—¿Le conoce? —preguntó Wander a Proktor.

El joven negó con la cabeza.

—No... No tengo la menor idea.

—Parece un humano —musitó Donna.

La aparición seguía inmóvil. Sin embargo, sin despegar los labios, sin mover un sólo músculo de su rostro dejó oír una voz extraña, ronca, irreal.

—Intenta hablarnos —dijo el piloto.

—No le entiendo —adujo Donna.

Proktor se aproximó.

—No sé quién es. Parece como... como si le hayan torturado.

La voz lejana y ronca procedente de aquel Ser se dejó oír de nuevo.

Proktor se aproximó un poco más.

N...o... l...o... l...n...t...e...n...t...e...n...

—¿Cómo..., cómo dice...? —quiso hacer repetir Proktor.

La voz más cansada, más lejana aún repitió el aviso.

"No lo intenten."

Costaba trabajo entenderlo y ninguno de los tres hizo el menor comentario.

El hombre apoyó su desnuda espalda contra la pared metálica y por un instante pareció formar parte de la misma, como una lámina, como una proyección.

Entonces alguien gritó:

—¡Gluck!

La voz había llegado del lado opuesto y los tres se volvieron. Era Stanislas el que había gritado.

—¡Gluck! —repitió y todos comprendieron que estaba llamando a aquella imagen extraña que se había convertido en una proyección para terminar desapareciendo.

—¡No está! ¡Se ha ido! —exclamó Donna aterrada.

—¡Dios mío! Lo han proyectado... Lo han proyectado desde el interior —exclamó Wander.

Stanislas había corrido hacia ellos y miraba la pared con aspecto sorprendido, aturdido, propio de quien ha sido testigo de algo increíble.

Proktor jamás había visto al viejo interesado o sorprendido por nada.

—¡Stanislas! —exclamó—. ¿Le conocías? ¿Quién era Stanislas? ¿Quién era ese hombre?

Pero Stanislas parecía haber perdido el habla por completo. La aparición había paralizado su garganta.

—Hay que hacer algo por él —dijo Wander.

—Vamos, Stanislas, alejémonos de aquí —dijo Proktor ayudándole a

moverse.

Capítulo VII

CUANDO Stanislas recobró el habla y todo su semblante pareció normalizarse, todos estaban pendientes de sus explicaciones.

Klaus había hecho retirar al resto de los curiosos, y bajo los sombreros naturales del centro habitado de la comunidad, Wander, Proktor y el propio Klaus eran los más próximos a Stanislas que al fin explicó:

—Gluk era uno de los tres que nos introducimos en la nave... Creí que yo era el único superviviente...

—¿Qué fue del otro? —preguntó Wander.

—Entró con Gluck y con los tres tripulantes... Cruzó la pared de la Fábrica con los demás... Yo no me encontraba nada bien. Algo funcionaba mal y me dijeron que me quedara. Ellos ya no volvieron a salir...

—¿Y Gluck era uno de ellos? —inquirió Proktor recalcando la pregunta,

—Sí... Ha cambiado, pero sé que es el mismo que hemos visto allí... Su imagen es espantosa. Gluck... Era el más joven, y el más valiente... Eso que ustedes llaman ahora un atleta. Luchaba con las fieras... ¿Qué significa esto, señores? ¿Qué significa...?

Nadie podía dar una respuesta a Stanislas. Ni siquiera encontrarla.

La tensión la cortó la voz chillona de Clem Borges.

—¿Qué es toda esa comedia? Quiero hablar con Wander. Es nuestro piloto y además nuestro guarda personal. En el contrato de vuelo queda bien claro que resolverá todos los problemas.

Donna se aproximó a sus padres.

—Por favor, papá... Ahora no es el momento.

—¿Ahora no es el momento? —protestó el hombre—. ¡Claro que es el momento! Dispongo de un tiempo limitado para mis vacaciones. Cada minuto que pierdo me cuesta una fortuna...

Wander se volvió hacia Borges.

—¿Quiere irse al diablo de una vez?

—¡Es usted un insolente!

—Y usted un tipo asqueroso que sólo va a lo suyo. Estamos viviendo un problema único en nuestra breve historia y usted sólo piensa en el dinero...

—No quiero discutir, Wander. Sáquenlos de aquí. Es una orden.

—¡Váyase solo! Le regalo la nave —espetó Wander. Proktor intervino.

—Escuche. Esto no es la Tierra. Trate de calmarse. Yo también deseo salir... Pero han ocurrido cosas... Intentaremos superarlas...

—Ya he oído algunas patrañas... Son puras fantasías. Paredes inexpugnables. Gente que desaparece... ¿Sabe lo que pienso? Que son un hatajo de cobardes. —No hables así, papá...

—Nosotros vivimos en una época superior, tenemos medios y armas. Sobre todo armas... ¿Dónde están sus rayos, Wander? ¿Y el soplete? Utilícelo. Vaya a esa Fábrica y oblíguelos a reconstruir nuestra nave...

Wander apretó los puños. Klaus, al ver la acción violenta que se proponía el piloto, intervino.

—Calma. Todos comprendemos la impaciencia del señor Borges.

La única que no decía nada era la esposa. Acostumbrada a la comodidad, a que todo se lo dieran resuelto, era, sin embargo, más propensa a la comprensión.

Wander no podía más.

—He tenido que soportarle durante todo el viaje. Se cree que porque fabrica drogas autorizadas y con ello se ha hecho rico ya puede tratar a los demás como a esclavos... En nuestro país jamás saldremos de las mismas ideas... Mucho preconizar la igualdad de derechos, pero los que más hablan son los que imponen la diferencia.

—Eso ha ocurrido en todas las épocas —repuso Klaus—. Por eso es mejor vivir aquí. No hay diferencias. Ya lo ve... Pero todo el mundo es libre de hacer lo que le plazca, pero, por favor, sin violencias.

Donna se llevó a sus padres. Borges salió murmurando y profiriendo amenazas.

—Cuando yo era joven, esto no ocurría. Nosotros siempre hemos sabido lo que teníamos que hacer. Y si Wander no lo hace lo haré yo.

La gente comenzó a dispersarse. El piloto, más tranquilo, se volvió hacia Proktor.

—Lo intentaremos de nuevo, amigo. Ahora más que nunca deseo saber lo que ocurre allá dentro.

Proktor asintió.

Fue más tarde. Wander se dirigió al aparato para buscar algunas piezas. Proktor le observaba fijándose en las distintas herramientas.

—Destornillador electrónico —explicó el piloto—. Puede que me haga falta—. Pistola de señales. Esta no es necesaria. Tubo de oxígeno para emergencias. Nunca se sabe.

Fue tomando los distintos instrumentos y llenó con ellos una bolsa impermeable.

—No olvide el aparato —sonrió Proktor.

—¿Cuál?

—El rayo ése. El soplete.

—Oh, no. Es nuestra llave de entrada. Al menos eso espero.

—¿Dónde está? —Y el piloto miró en torno suyo.

—¿Dónde lo dejó?

—Cuando veníamos hacia aquí lo llevaba. Es verdad. Me lo olvidé en los sombreros.

—No estaba allí. Cuando se han marchado todos no había nada. Estoy seguro —repuso Proktor.

—No es posible. Fuimos todos juntos. Yo no lo solté hasta llegar allí —repuso Wander pensativo.

Proktor se encogió de hombros.

—Es extraño. Quizá alguien lo ha tomado para examinarlo.

—¡Cielos! Si no saben cómo funciona puede fulminarles. Ese rayo es mortal —expuso el piloto.

La voz de Donna les interrumpió. Venía corriendo.

—¿Qué le pasa? —preguntó Proktor como si hablara consigo mismo.

La angustia que reflejaba Donna en su voz pronto fue del conocimiento de los dos hombres.

—Papá no está. ¿No le han visto? —explicó ella jadeante.

Los dos hombres intercambiaron una mirada.

—No —repuso Wander.

—Mamá dice que lo vio dirigirse hacia la Fábrica.

—¿Hacia la Fábrica? —inquirió Wander.

—Llevaba algo en la mano...

—¡El soplete! —exclamó Proktor con un presentimiento.

—Ese hombre está loco —adujo el piloto a su vez.

Y ya sin más palabras corrieron los tres hacia los muros metálicos que significaban la división de la vida del planeta.

Era un kilómetro que el trío recorrió apresuradamente.

Cuando al fin llegaron, el muro en toda su extensión aparecía intacto y no había rastro del señor Borges.

—No está... —murmuró el piloto.

Proktor examinó la pared laminada.

—¿Dónde puede haber ido con el soplete? —inquirió Donna angustiada.

Proktor tanteaba el muro.

—¿Ha encontrado algo? —preguntó Wander.

—No, nada. Esto está como siempre.

—¿Y si damos un rodeo? —propuso la muchacha.

—Está bien. Yo iré con ella, Wander. Usted dé la vuelta por el otro lado —propuso Proktor.

Cada cual tomó una dirección con el propósito de dar la vuelta a la edificación cuadrangular.

La distancia era enorme porque la pared parecía no tener fin.

—Esto podría albergar una ciudad entera y sus alrededores —comentó la muchacha dándose cuenta de la grandiosidad de aquella construcción.

—Si está cansada, aguarde aquí —propuso Proktor.

La joven se sentía demasiado preocupada por la desaparición de su padre para abandonar la búsqueda.

Jadeante y dando la mano a Proktor para que la ayudara consiguió llegar al final del muro para proseguir la interminable pared de la otra cara del cuadrado.

El terreno circundante resultaba monótono por la total despoblación vegetal de la zona. Parecía como si los constructores de aquella ciudad amurallada hubieran elegido el terreno para erigir en aquel lugar preciso lo que todos denominaban "La Fábrica".

La carrera en derredor del muro prosiguió. De vez en cuando Proktor se detenía para examinar la muralla. Toda ella era igual, compacta, maciza, sin la menor junta.

Se detuvieron para descansar.

—¿Quién pudo construir esto? —murmuró ella.

—Nadie lo sabe. Cuando Stanislas llegó ya estaba. Y fue el primero.

—Es increíble...

—Cuando podamos atravesarlo sabremos la verdad.

—¿Cree que mi padre...? —empezó ella con un terrible presentimiento.

Él no contestó. Prosiguieron aquella carrera. La distancia seguía siendo larga, interminable. Tuvieron que descansar de nuevo.

El piloto seguía por su lado y mostraba también su fatiga por el hartón de correr. El perímetro no se acababa nunca.

El encuentro se produjo cuando todos se hallaban agotados. Acaso Proktor era quien se mostraba menos cansado.

—Esto equivale a unas cuantas horas terrestres —murmuró.

Wander asintió, añadiendo:

—Nada.

No habían encontrado el menor rastro de Clem Borges.

—¿Dónde habrá ido con el soplete? —se preguntaba la muchacha.

Nadie podía contestarla, pero los tres volvieron los ojos hacia las paredes metálicas de la Fábrica, como si todos estuvieran convencidos de que el secreto estuviese allí dentro.

—Quizá lo haya conseguido —comentó Wander. —Puede que nunca lo sepamos —adujo Proktor. Y Donna no pudo reprimir un sollozo.

Capítulo VIII

LA mayor parte de los habitantes se habían reunido para escuchar a Wander.

—Un hombre ha desaparecido tras los muros metálicos. No sabemos qué ha sido de él. Me propongo entrar utilizando mis armas. —Mostró un arma media, especie de rifle antiguo de cañones recortados y añadió:

—Los rayos que desprende son más poderosos que los de cualquier soplete. Dispongo de un par de pistolas cortas. Una es para Proktor que está dispuesto a acompañarme. La otra la dejaré a ustedes para que puedan defenderse.

Wander estaba junto a Donna y a la madre de ésta a la que intentaba consolar tras la desaparición del esposo.

—No debió hacerlo, no debió hacerlo —musitaba la señora Borges entre sollozos.

Klaus tomó la palabra para responder al piloto:

—Durante un tiempo que ninguno de nosotros puede calcular, pero que comprende varias épocas de la existencia terrestre, hemos vivido en este lugar en completa paz. Nunca nos ha faltado nada. Cierto es que alguno de nosotros ha desaparecido tras esos muros, pero siempre ha sido a causa de la curiosidad.

Hubo un murmullo general de asentimiento y Klaus lo calmó con un ademán para proseguir:

—Me pregunto si vale la pena arriesgarse a costa de nuestra tranquilidad futura. Quien quiera que esté al otro lado de La Fábrica, jamás ha salido para atacarnos. Nos deja vivir aquí, tranquilos y sin problemas. Si ataca es sólo de muros para adentro. ¿Por qué insistimos pues? Sin palabras nos han hecho comprender que nuestra vida está aquí, y que lo que pueda haber allá adentro nos está vedado. Sigamos pues cumpliendo esas normas.

Otro murmullo fue acallado por el piloto Wander:

—¿Acaso no les importa la suerte de sus amigos, de sus convecinos? Todos tenemos derecho a saber. Es una aspiración justa. Los que trataron de entrar antes de que lo hiciera el señor Borges no pensaban atacar, sino únicamente descubrir cosas nuevas.

—A veces es mejor no saber demasiado —repuso Klaus.

Proktor salió en defensa del piloto:

—Wander tiene razón. Tenemos derecho a "saber". Lo que hacemos aquí no podemos llamarlo vivir. No envejecemos, no tenemos enfermedades, pero, ¿qué hacemos en realidad? Ni siquiera podemos esperar nada. Es la vida sin fin, una vida vegetativa. El hombre debe tener otras aspiraciones. Lo he dicho muchas veces.

—Tú siempre has sido muy impulsivo —adujo Klaus tratando de acallarle.

—Proktor piensa como yo. Lo que les ocurre a todos ustedes es que han

perdido la voluntad de pensar, y de preocuparse. Nada les importa, ni siquiera sus semejantes. No quieren saber lo que les ha ocurrido. Esta vida de vagos les ha vuelto a todos egoístas. Sólo piensan en sí mismos.

Stanislas intervino para adoptar una actitud desconocida en él:

—Yo quiero "saber". Un amigo mío está allí dentro. Era mi mejor amigo y quiero saber lo que le ha ocurrido. Quizá necesite ayuda. No puedo abandonarle.

Otra voz se dejó oír:

—Yo también tengo a dos amigos. Desaparecieron hace mucho tiempo.

Otro par de voces se unieron al nuevo grupo de los que deseaban "saber".

La esposa de Borges suplicó:

—Devuélvanme a mi marido.

—Lo intentaremos, señora Borges —dijo Proktor.

En el grupo de los interesados, formaban siete hombres, aparte de Stanislas, Proktor y el piloto.

—Iremos allí. Sólo dos podremos entrar porque podría ser peligroso hacerlo sin armas. Los que se queden quiero que abran bien los ojos.

El resto del grupo se alejó haciendo comentarios. En general no les gustaba lo que pretendían. Temían por sus vidas, por su seguridad, por su futuro.

—Los de dentro pueden tomar represalias —murmuró uno.

—Lo que intentan es una locura.

Wander, tras dar unas pocas instrucciones a los que iban con él, se metió dentro de la nave y permaneció algún tiempo a solas. Donna y Proktor paseaban en silencio. Al ver al piloto dentro del vehículo ella preguntó:

—¿Le ocurre algo?

—Supongo que está dudando —repuso Proktor—. No quiere ser el causante de una desgracia colectiva, pero tiene razón en querer entrar, y seguiré apoyándole.

Proktor y Donna entraron en el vehículo. Wander sonrió tristemente.

—¿Me he estado preguntando si a esa gente que entra en La Fábrica y ya no vuelve a salir nunca más alguien les ha convertido en esclavos?

—Pronto lo sabremos, Wander —le animó el joven.

—Ya, ya... Pero pensaba en la definición de Klaus... "Los de dentro", no molestan a condición de que nadie intente cruzar sus límites. Unos límites perfectamente definidos.

Un silencio y prosiguió.

—Pero me pregunto también si "los de dentro" no atacan por miedo a salir. En cualquier caso habrá alguna forma de entenderse con los de la Fábrica. Les haremos comprender que no intentamos atacar. Únicamente queremos "saber" y disponer de medios, de ayuda. Si fuera posible construir nuevas naves y realizar viajes, la vida en este sitio tendría una finalidad de la que ahora carece. Me gustaría que todos lo entendieran.

Proktor preguntó:

—¿Iremos, verdad?

—Sí, tenemos que hacerlo. Ahora mismo. Donna, usted y su madre suban ahí, quédense dentro del vehículo. El blindaje es invulnerable para muchas armas. Caso de que las cosas se pusieran mal no se muevan. Hay alimentos en la reserva de la despensa. ¡Ah! Este pulsador expelle rayos. Es para casos de defensa.

Wander mostró un botón rectangular de color rojo. Al lado se hallaba una manivela.

—Moviendo esto se fija la dirección de los disparos. Ese otro botón negro es para detener los disparadores. Espero que no tenga que usarlo. Ande, vaya a buscar a su madre y métanse aquí.

Enseguida, Wander junto a Proktor se alejó hacia los demás. Todos juntos caminaron hacia la proximidad de los muros.

Había llegado el momento de intentar desvelar el gran secreto de La Fábrica.

Wander empuñó su arma media apuntando contra el muro a la altura de la cabeza.

De uno de los cañones surgió un rayo líquido de color de fuego. Del segundo cañón, una materia rojiza; al combinarse con el primer chorro formaba un vapor corrosivo de alto poder que no tardó en hacer mella en la lámina metálica.

—¿Qué es esto? —preguntó Proktor situado al lado del piloto.

—Una combinación química. No hay metal que se le resista. Funde todas las aleaciones, las volatiliza, aniquila totalmente la materia.

—Es extraordinario —exclamó Proktor asombrado.

Poco a poco la gruesa capa laminada iba desapareciendo formando un agujero que se ensanchaba progresivamente.

Los chorros continuaban actuando conjuntamente para agrandar el boquete que iba a permitirles cruzar la hasta entonces infranqueable muralla.

Stanislas, algo más separado y junto al grupo que se había unido al piloto contemplaba con la boca abierta aquello que parecía como un prodigio.

—Bueno... Creo que ya está —dijo Wander dejando de accionar el arma.

El agujero era bastante grande para poder colarse a través de él.

—No se acerque —dijo Wander a Proktor—. Hay que esperar unos minutos. Ahora está candente.

La fuerza corrosiva retorció los bordes del metal. La pequeña humareda se volatilizaba en el aire.

Todos aguardaron con impaciencia el momento de poder entrar. Proktor, con el revólver o pistola corta, parecía dispuesto a entrar en acción.

—¿Esto funciona igual? —preguntó refiriéndose al arma.

—Sólo debes apretar el gatillo. Dispara rayos cortos, pero mortíferos. No la usaremos a menos que sea absolutamente necesario. Bueno... Creo que ya podemos pasar.

Proktor se aproximó al boquete. Dentro todo era oscuridad. Una oscuridad del todo impenetrable.

—Humm. No se ve nada.

De su canana especial, Wander extrajo un extraño artefacto circular y lo entregó a Proktor.

—Toma. Esto servirá.

—¿Qué es?

—Ya verás. —Wander sacó otro y se lo colocó en derredor de la frente, sujetándolo por detrás con un cierre automático. Por la parte de delante había una luz que se encendía, simplemente al tocar un diminuto botón situado al lado derecho del fleje que servía para rodear la cabeza.

—¡Una linterna! Es muy potente —observó Proktor.

—Úsala únicamente en caso de necesidad. Tiene tres sistemas de luz.

Y el piloto accionó el botón mostrando que el reflector podía extenderse a la derecha, a la izquierda y al centro.

—Se utiliza el que más conviene. ¡Adelante! Todos se habían aproximado ante el gran momento. Proktor tomó la delantera. Pasó el boquete y dio la luz.

El foco no reveló nada en principio.

—¿Qué ves? —preguntó Wander antes de entrar.

—Nada. Esto es como una habitación enorme. Una nave inmensa. ¿Puedo encender las otras luces?

—Sí, hazlo.

Proktor dio las tres luces que produjeron una iluminación excelente, abarcando hasta muchos metros de distancia. Se volvió hacia su derecha y murmuró:

—Nada.

Wander había dicho a los demás que no se movieran del exterior.

Proktor volvió la mirada hacia el otro haz de luz que iluminaba la parte Izquierda y sus ojos se agrandaron:

—¡Allí, Wander! ¡Vamos!

El piloto entró en el interior del recinto.

Capítulo IX

EL haz de luz de las linternas frontales de los dos hombres, dejaba ver perfectamente la escalera, de aspecto metálico y que arrancando desde el nivel del suelo ascendía hasta una altura imposible de calcular.

Los dos hombres avanzaron en silencio, siguiendo la pared metálica que los separaba del exterior. La escalera estaba en mitad de camino y no había ningún soporte que la sujetara.

Cuando llegaron al pie y miraron hacia arriba, tampoco les fue posible presumir la cantidad de escalones que les separaban del final del tramo.

—¿Adónde... conducirá esto? —se preguntó Proktor como si hablara consigo mismo.

Wander tomó la delantera.

—Estamos aquí para averiguarlo. ¡Arriba! —Y comenzó a subir.

Habían subido media docena de peldaños, y los pasos del piloto, debido a sus botas metálicas resonaban al chocar contra el también metalizado piso de los escalones.

—¡Un momento! —exclamó Proktor, que utilizaba una especie de zapatillas vegetales que no hacían ningún ruido al caminar.

Al detenerse Wander, ambos hombres pudieron percibir el sonido de una especie de silbido o sirena que sonaba desde lejos. Era como una onda cuya procedencia, de momento no podían descubrir.

Con una seña, Wander, dijo a su compañero que continuaran subiendo.

Al llegar a la docena de peldaños, la onda se oía con más claridad.

—Por ahí —murmuró Wander.

Apresuraron el paso. El ruido metálico de las pisadas del piloto se incrementó con la rapidez.

La onda se oía con más precisión al cabo de haber escalado una veintena de peldaños.

Aceleraron aún más la marcha por aquella escalera de la que no se veía el fin.

Veinticinco, treinta... Cuarenta peldaños más arriba, la nitidez de la onda, les indicaba algún lugar hacia su derecha.

A los cincuenta escalones se detuvieron. Ambos se sentían ligeramente fatigados y necesitaban acumular aire.

—Es extraño —dijo Proktor tras un jadeo.

—¿Qué?

—Fuera no se nota la fatiga. Prácticamente no existe. Se puede andar y correr y nunca se tiene esta sensación de falta de aire.

—Estamos en un local cerrado —repuso el piloto.

—Sí, claro, pero... No sé. Parece como si la atmósfera sea diferente. Todavía no estás acostumbrado a ello, sino también te darías cuenta.

—Sigamos —repuso Wander.

Y volvieron a la interminable ascensión. El ritmo que llevaban seguía vivo, propio de quien desea llegar pronto al sitio donde sabe que es esperado...

¿Esperado?

—¡Wander! ¿Has contado los escalones?

—No.

—Debimos haberlo hecho. Yo he perdido la costumbre de contar.

—Más o menos hemos subido unos ciento... o quizá más.

—Nos están esperando, Wander... Arriba hay alguien que nos espera.

—Es posible.

—Estoy cansado.

—Yo también, Proktor, pero hay que seguir.

Al final, agotados visiblemente llegaron a una plataforma. La escalera aún seguía, pero tenían ante sí un corredor largo, estrecho, entre paredes laminadas.

La sirena seguía percibiéndose. Resonaba al fondo del corredor. Pero no era el único ruido. Más arriba se percibía el traqueteo de una máquina y el zumbido de un motor.

La atmósfera era cada vez más cargada, como si un aire demasiado pesado se negara a penetrar en los pulmones de los dos hombres. Wander tosió.

Aquí hay algo extraño, Wander. Temo que si nos alejamos mucho de la salida, jamás podremos volver.

El piloto seguía tosiendo, y tuvo que apoyarse en la barandilla.

De repente una especie de humo de fuerte y penetrante olor comenzó a surgir del corredor que al mismo tiempo tornóse luminoso.

—¿Qué es esto? —inquirió el piloto—. ¡Apaga tu luz!

Los dos lo hicieron y pudieron ver perfectamente la estructura metálica del pasillo con un centenar de metros, por lo menos, de largo.

Era una luz opaca emanada de las mismas paredes, del techo y del suelo, como si el metal se hubiese convertido de pronto en cristal luminoso.

También la escalera tomó la misma iluminación. Una escalera sin soportes, sin nada que la sujetara y que hasta aquel momento había subido sin curvas, ni recovecos.

El humo dificultaba todavía más la respiración y Proktor cayó sentado en uno de los peldaños.

Wander, a pesar de sentir los mismos síntomas aún podía sostenerse pese a los arranques de tos.

—Tienes razón, Proktor... Ese humo asfixia... Tenemos que regresar. Sé cómo solucionar esto.

—Vete... Vete, Wander. Yo... Yo no puedo.

—¡No debes quedarte aquí, Proktor! —exclamó el piloto.

La densidad del humo aumentaba, y la luz se hacía más nítida, dando un aspecto extraño a los hombres.

Wander se fijó bien en Proktor y agrandó los ojos.

—Es como... Los rayos X... ¡Puedo ver tu esqueleto, Proktor! —exclamó

de pronto.

—¡Yo también te veo! —gritó su compañero haciendo un esfuerzo.

Eran como dos calaveras, víctimas de la misma opresión.

—¡Vámonos, vámonos! Volveremos con escafandras.

Proktor se desvanecía. Intentó asirse a la barandilla, pero sin apenas fuerzas, su mano resbaló y bajó varios escalones.

El piloto saltó hacia delante para impedir la caída de su compañero.

—¡Proktor! ¡Proktor! —gritó.

Saltando por encima de su cuerpo evitó que siguiera rodando hacia abajo. Lo detuvo y cargó con él. Le costó un gran esfuerzo hacerlo porque también se sentía débil.

Fue entonces cuando creyó oír una voz que resonaba en todo aquel inmenso y extraño ámbito.

—¡Proktor! ¡Proktor! ¡Deprisa! ¡Deprisa!

Algo estaba sucediendo abajo, y era necesario acudir cuanto antes, pero... ¿Qué era lo que pasaba?

Llevando a Proktor en brazos, Wander siguió el descenso sin fin de aquella escalinata, mientras el humo, apenas perceptible con la mirada, causaba estragos, sin embargo, en el organismo del piloto, a quien con él peso del cuerpo que llevaba en brazos le cayó el arma de dos cañones y rodó varios peldaños.

Tuvo que soltar a Proktor para recogerla y luego, volver a cargar con él.

A medida que descendía disminuía el poder de penetración de aquella atmósfera, pero el peso interior subsistía.

La voz que había gritado poco antes pareció desvanecerse y sonó muy lejana:

—¡Proktor! ¡Proktor...!

Wander casi ya no podía. Sus piernas flaqueaban y las rodillas se le doblaron un par de veces, pero tenía que salir..., tenía que salir de allí.

¿Podría conseguirlo?

Pensó en las historias que había oído. Gente que había logrado entrar, pero que jamás había vuelto.

Pensó también en aquel hombre proyectado en la pared exterior de La Fábrica.

¿Cuál era el misterio de todo aquello?

¿Quién o quiénes habitaban aquella inmensidad cubierta que podía iluminarse a voluntad de la forma más extraña?

¿El secreto de los que no salían era precisamente la falta de aire?

Las voces ya habían dejado de oírse...

Todavía quedaba un buen trecho de escalera para llegar al nivel del suelo. Y Wander apenas podía tenerse en pie...

Capítulo X

CUANDO la luz de la linterna que llevaba sujeta a la cabeza, anunció al piloto el término de la escalera, pensó que ya estaba salvado. Sólo tenía que recorrer un centenar de metros para llegar hasta el boquete.

Proktor seguía desvanecido y su corazón latía con debilidad.

"Él está acostumbrado a otra clase de atmósfera... más pura, quizá por esto le ha afectado más", pensó.

Recorrió los primeros treinta metros, pero tuvo que detenerse. Las articulaciones de sus rodillas necesitaban reposo.

"No puedo quedarme aquí", se dijo, y reemprendió rápidamente la marcha.

Cincuenta metros... Cada paso le costaba más. Pero quería salir. Sabía que con la escafandra podría volver a entrar y aislarse de aquella atmósfera irrespirable.

Cincuenta y cinco metros.

Sus piernas le pesaban enormemente. El rudo entreno para los vuelos interplanetarios, su habitual flexibilidad habían desaparecido por completo de su cuerpo vigoroso y bien cultivado.

Sesenta metros.

¿Cómo haría para cubrir los cuarenta restantes?

Estaba relativamente cerca, pero no podía percibir la claridad exterior.

¿Dónde estaba el hueco?

Continuó andando como un sonámbulo. Perdió la noción de los pasos que daba, pero seguía, seguía...

¿Cuánto había andado ya?

—¡Proktor! ¿Puedes oírme, Proktor? —preguntó.

No obtuvo ninguna respuesta.

Se detuvo otra vez. ¿Cuánto le faltaba? No más de veinte pasos... Todo estaba a oscuras porque las láminas metálicas del nivel del suelo eran las únicas que no se habían iluminado. Le quedaba el reflector de su propia linterna cuya luz alargaba hasta un centenar de metros, pero seguía sin ver la salida.

¿Dónde estaba?

No podía haberse equivocado de camino, porque seguía los mismos pasos que en la ida.

Soltó a Proktor suavemente. Lo dejó en el suelo inconsciente y buscó con la mirada la salida. Tenía que estar allí. Tenía que estar cerca. ¿Por qué no la veía?

—¡Eh! —gritó—. ¡Los de fuera! ¿Podéis oírme?

Su voz se repitió como un eco continuado. Las paredes atronaron con sus propias palabras: ¡Eh, eh, eh...! ¡Los... los... los...!, de fuera... de fuera...

Nadie le oía.

Wander tragó saliva. ¡Se había equivocado! ¿Pero cómo era posible

equivocarse?

Gritó de nuevo para escuchar otra vez el atronador eco de sus propias palabras.

Tanteó la pared metálica y en un esfuerzo rayando en lo sobrehumano recorrió varias veces una distancia considerable.

Entonces comenzó a presentir la verdad.

—Se ha... cerrado... ¡Se ha cerrado el hueco!

Y ya no quiso seguir buscando. Sólo quedaba una solución. Practicar un nuevo agujero para escapar de allí.

Tomó su arma media y la encaró contra el muro. Disparó... Los dos chorros químicos se mezclaron, sin embargo aquel fuerte olor penetrante del humo invisible se dejó oír con mayor intensidad restándole fuerzas.

El metal parecía resistirse a la combinación química.

Wander, al borde del desmayo comprendió que si no lograba perforar el muro jamás podría salir de allí.

Apretó con mayor fuerza los pulsadores que producían el combinado de chorros y aguantó la respiración. Sus pulmones no admitían más cantidad de aire viciado. De un momento a otro podría producirse el colapso y ya nadie podría sacarles de allí.

Una terrible angustia se apoderó del cuerpo del piloto. El sudor frío de una muerte cada vez más próxima atenazaba sus nervios.

Pero continuaba... continuaba.

Si al menos la perforación permitiera el paso del aire exterior, pero la plancha seguía resistiéndose. Tal vez era más dura, por la parte de dentro... Pero el piloto rechazó tal pensamiento por estúpido. No podía ser. Acaso el factor tiempo era más importante ahora porque cada segundo contaba, mientras que cuando perforó desde el exterior los minutos tenían menos valor.

No podía aguantar más y soltó el aire viciado de sus pulmones. Un mareo progresivo le advirtió en su inminente caída.

Todo era ya inútil. Aferrado al fusil cayó de rodillas, luego lentamente se dobló hacia adelante.

No quería dejar de disparar. No quería, pero ya no era dueño de su propia voluntad.

Se produjo un chasquido, luego el arma cayó de sus manos y Wander perdió por completo la noción de la realidad.

Allí, cerca de él, seguía Proktor, desvanecido también desde mucho antes y sin poderle prestar ayuda.

El chorro combinado continuaba surgiendo de los cañones del rifle, pero él estaba allí, inmóvil, ajeno a todo. Ausente por completo.

Una vez más la leyenda de los que entraban en La Fábrica, parecía haberse cumplido.

Era el sino de quienes osaban cruzar aquellos límites que envolvían el indescifrable misterio.

En la parte de fuera el grupo de hombres, con Stanislas al frente de ellos

contemplaban el muro.

—Le he llamado... Le he llamado —decía el viejo Stanislas contemplando el lugar donde antes había el agujero que como si tuviese vida propia se había remendado a sí mismo, cerrando por completo el hueco y dejando la pared tan lisa y llana como siempre.

Capítulo XI

—¡MIRAD! ¡Allí! —la exclamación había procedido de uno de los jóvenes que aún seguían en el muro.

Todos volvieron los ojos hacia el que había hablado y que se hallaba a unos diez metros de distancia.

Corrieron hacia allí, para observar cómo desde el interior una fuerza poderosa corroía el muro.

Un boquete había comenzado a abrirse a ras de suelo y por la fuerza de su poder se iba ensanchando.

Ocho pares de ojos estaban pendientes del agujero.

—¡Lo ha conseguido! ¡Está practicando una nueva salida! —exclamó Stanislas.

Cuando el boquete progresó lo suficiente todos pudieron ver al piloto tendido en el suelo, inmóvil.

Era el fusil que con el automático puesto en marcha había conseguido realizar solo el trabajo que había empezado Wander antes de quedar sumido en la inconsciencia.

Tuvieron que esperar que el agujero fuera lo suficientemente grande para entrar y luego sacar a rastras a Wander.

El aire fresco del exterior, aquella atmósfera vivificadora reanimó al piloto que enseguida murmuró:

—Proktor... Está dentro.

—Su arma... Sigue funcionando —dijo Stanislas.

—Iré a recogerla... Antes..., antes de perder el sentido tuve tiempo de poner el dispositivo automático. No sé..., no sé lo que ha pasado. No puedo comprenderlo. No puedo.

Proktor fue sacado poco después. Necesitó algún tiempo para reponerse. Donna había ido allí, intranquila, deseosa de noticias.

Wander sólo podía hablar de aquella atmósfera irrespirable.

—La venceremos... Con las escafandras. Tengo algunas. Son obligatorias para los viajes interestaciales... Volveremos allí.

Proktor se estaba reanimando.

—¡Esa condenada atmósfera!

—¡Miren! —gritó entonces uno de los que estaban reunidos con ellos.

Había pasado escaso tiempo, sin embargo los bordes retorcidos en torno al agujero parecían cobrar vida... Se movían, avanzaban unos hacia otros para cubrir la abertura.

Wander se aproximó para contemplar de cerca el fenómeno.

—¡Es increíble! —exclamó Proktor. Stanislas informó:

—Igual que la otra vez. Traté de advertirles.

—¿Eras tú el que llamabas? —preguntó Proktor al viejo y éste asintió.

—Temía que os quedarais encerrados dentro —explicó.

El boquete se estaba autorreparando rápidamente.

Todo el mundo se preguntaba cómo podía ser posible aquello, pero sólo había una respuesta lógica y Wander la dio:

—Tiene vida propia... ¡Vida propia!

—¿Metal con vida propia? —murmuró Proktor incrédulo.

—No tenemos otra explicación —repuso Wander con la mirada fija en el muro.

Ya no quedaba la menor huella del agujero. El metal se había unido de nuevo y la pared tornaba a ser una lámina lisa de color plateado.

* * *

El piloto había vuelto a practicar una entrada en la pared y ayudó a Proktor a colocarse la escafandra.

—Por aquí se gradúa el aire. La carga es para una hora, pero puede reponerse.

—Con una hora tendremos tiempo —repuso Proktor animado y deseoso de volver dentro.

Una vez Wander se hubo colocado su escafandra los dos desaparecieron en el interior.

Las luces volvieron a iluminar el mismo camino que habían seguido la vez anterior.

A través de un micrófono situado dentro de las bolas transparentes que protegían sus cabezas y les aislaban de la atmósfera exterior los dos hombres podían hablar perfectamente mientras avanzaban por los escalones en dirección a la plataforma donde hubieron de abandonar el reconocimiento.

—Esto es formidable —dijo Proktor—. Se respira un poco distinto que en el exterior, pero no es nocivo.

—Por supuesto que no —repuso Wander—. Es oxígeno puro.

—¡Mira...! Empieza a iluminarse —señaló Proktor e indicó el vapor que comenzaba a salir de las invisibles juntas en la parte que formaban ángulo con la pared y el techo o con el piso y la pared.

Las escafandras evitaban que pudieran respirar los vapores nocivos y continuaron hasta llegar a la plataforma.

—Es mejor que no nos separemos —dijo el piloto—. Sigamos por este corredor.

La luz opaca les permitía andar sin necesidad de utilizar las linternas, y uno junto al otro avanzaron despacio y con los sentidos en tensión por aquel pasillo de cien metros de largo.

El vapor aumentaba, y con él la temperatura.

—¿No notas calor? —preguntó el piloto.

Proktor asintió.

El receptor adicional les permitía oír perfectamente el zumbido de la sirena.

—Viene de ahí, al fondo —indicó el piloto cuando tenían ya más de la

mitad de pasillo recorrido.

También percibían el sonido de máquinas o zumbido de motores, pero ambos habían notado ya que procedían de más arriba.

Al final del pasillo estaba otro corredor que cruzaba a derecha e izquierda. Eligieron la izquierda para seguir hasta el lugar de procedencia de la onda.

El trecho era corto y al final se ensanchaba adivinándose una enorme sala a la que no tardaron en llegar.

Apenas habían cruzado el umbral, a su espalda sonó un chasquido metálico.

Una puerta hasta entonces invisible había caído en forma de guillotina cerrándoles la retirada.

Wander se revolvió encañonando su arma contra el muro, pero su compañero le indicó lo que tenía delante.

—¡Mira, esto!

Wander tragó saliva ante la visión que se ofrecía a sus ojos. Proktor, por su parte, parecía como petrificado en su sitio.

Al fondo de la sala se abrían unas cavidades de un alto proporcionado al de una persona y la profundidad suficiente para cobijarla de pie.

Cada una de aquellas cavidades, como nichos, estaba ocupada por un ser.

Rostros extraños, que alguna vez fueron humanos, formaban parte de unos cuerpos esqueléticos, desnudos, que permanecían en actitudes inmóviles, rígidas como antiguas momias faraónicas.

Los dos hombres avanzaron lentamente.

—Es como... la aparición de aquel amigo de Stanislas —murmuró Proktor.

—Sí... —admitió el piloto en un susurro.

La actitud estática de aquellos seres continuaba inamovible. Entonces surgió la voz.

Era uno de ellos quien hablaba, pero en principio no podían ver quién era porque todos seguían con la misma rigidez.

La voz siguió incoherente, intentando decir algo.

—Juraría que es... —empezó el piloto.

—¡Allí! —exclamó Proktor.

Alguien había empezado a moverse.

—¡El señor Borges! —reconoció el piloto—. Sí... El padre de Donna.

Y el hombre, cuyo cuerpo esquelético le empequeñecía más, avanzó hacia ellos.

La extraña luz proyectora de rayos X dejó al descubierto su cuerpo.

Wander fue el primero de observar la terrible realidad.

—¡Mira, Proktor! Mírale bien... —No comprendo...

—¡El cerebro, Proktor! ¡Ese hombre...! ¡Ese hombre no tiene cerebro!

Proktor se fijó mejor entonces. Y vio el esqueleto de la cabeza de Borges, sus huesos, pero nada más. Aquel hombre carecía por completo de cerebro.

Capítulo XII

BORGES monologó intentando decir algo. Su voz era la misma de siempre, chillona, desagradable, pero en esos momentos tenía una forma impersonal, había perdido por completo el matiz, y su boca, al hablar, no se movía. Sus labios entreabiertos dejaban escapar el sonido que parecía surgir de lo más profundo de su ser.

Era como si alguien le dictara aquellas palabras que al fin se hicieron algo más claras. Algo más perceptibles.

—No debisteis entrar... —consiguieron entender.

Dejaron que siguiera hablando.

—Nadie puede entrar en la fábrica... Huid si podéis... Huid...

Apenas pudo concluir porque algo le hizo enmudecer para siempre.

Su cuerpo sufrió una extraña descarga y toda su forma cambió instantáneamente de color para tomar un tono metalizado.

—¿Qué es esto? —apenas pudo exclamar Proktor viendo cómo a Borges le desaparecían sus huesos, como si una fuerza poderosa lo vaciara por dentro.

Lentamente todo vestigio humano desapareció en aquella forma para convertirse en metal... Una lámina delgada, plana que de repente fue impulsada contra una de las paredes laterales de la estancia.

Durante unos instantes, lo que antes había sido un cuerpo humano, quedó, junto a la pared como un relieve para, al fin, desaparecer totalmente, incrustado en el mismo metal. Convertido en parte del muro.

Los dos hombres habían quedado completamente mudos, pero el tiempo transcurría y lo que acababan de presenciar no les facilitaba ninguna clave sobre el misterio. El piloto reaccionó.

—Tenemos que seguir, mientras nos quede tiempo.

—¿De cuánto disponemos? —inquirió Proktor.

—Media hora. Mientras nos quede aire estamos protegidos...

—¿Protegidos contra qué o contra quién? —murmuró Proktor, haciéndose a la vez la pregunta a sí mismo.

—No lo sé. Pero alguien tiene que manejar esto. En alguna parte...

—Donde están las máquinas —sugirió Proktor.

—Eso es. Saldremos de aquí —repuso el piloto y seguidamente encaró su arma contra el muro que había surgido a su espalda cortándoles la retirada.

La combinación de ácidos consiguió abrir el boquete por el que ambos hombres pudieron salir de aquella extraña cámara de seres laminados.

Al cruzar por el agujero para volver al corredor, un zumbido les hizo volverse.

La lámina se estaba cerrando de nuevo.

—Otra vez... —murmuró Proktor.

—Sí, amigo... ¿Y no adivinas por qué?

—Claro —recapitó Proktor—. Es como... ¡Pero esto no puede ser! Es...

Wander concluyó lo que su compañero temía pronunciar:

—La lámina tiene vida propia. Te lo dije, ¿recuerdas? Todo esto es como un ser vivo. Como un gigantesco ser vivo, que se nutre de los que entran aquí.

—Alguien tiene que manejar esto.

—Sí. Es lo que tenemos que averiguar.

Y a grandes pasos, los dos hombres cruzaron el corredor en dirección al segundo tramo de escaleras.

* * *

En el exterior, los que aguardaban, sin noción del tiempo, mostraban su impaciencia.

Stanislas, intentando serenarse, había sacado de alguna parte unos papeles llenos de signos y los examinaba distraído.

—¿Qué es esto? —le preguntó uno de los jóvenes.

—No sé. Lo recogimos aquí en los primeros tiempos. Siempre lo he guardado por si alguien lo entiende.

—Pero tú eres de una época muy anterior a la nuestra. Antes no se escribía de ninguna manera.

—Ya lo sé, ya lo sé —gruñó Stanislas—. Pero me pregunto si no debí habérselo enseñado a ese piloto. Todo parece haber avanzado mucho en estos tiempos, quizá, digo yo, le hubiera interesado.

—¿Y por qué podía interesarle? Bastante tendrá que hacer al otro lado de esas paredes...

—Es que... Bueno...

—Habla ya, Stanislas —espetó el otro.

—Nadie ha sabido traducirme esto, pero una vez Klaus dijo que podía tener relación con los primeros pobladores de éste habitáculo...

—¿Con los que construyeron la fábrica?

—Pudiera ser. Ya te he dicho que no lo sé. Nadie lo sabe. No significan nada. La escritura que he aprendido de vosotros es distinta.

—Si pudiera contener algún secreto —musitó el otro—, tal vez... deberías mostrárselo a la mujer que acompañaba al piloto. A Donna.

—¿A Donna?

—Es del mismo tiempo que Wander. Anda, ve. Nosotros no podemos hacer otra cosa que esperar. Ella y su madre están en el bólide espacial.

Stanislas dudó pero al fin se dirigió hacia el vehículo e hizo señas para que le abrieran.

* * *

Wander y Proktor habían llegado a la plataforma superior, tras otro largo tramo de escaleras que les agotó menos que la vez anterior, gracias al oxígeno de la escafandra, pero que sin embargo, les hizo acusar el esfuerzo.

—Evidentemente se trata del factor ambiente —dijo el piloto—. No cabe

duda. Esto está completamente aislado del exterior. Tiene una atmósfera propia. Me pregunto por qué construirían esto... ¿Por qué lo aislarían?

—Debió ser hace millones de años...

—¿Con esa técnica? ¿Olvidas lo que has visto, Proktor? Seres laminados en un mundo irreal. No hemos visto un solo ser viviente... ¿Cómo pudo ser construido esto hace millones de años?

—Stanislas tiene unas notas. Las encontró al llegar, cuando todavía quedaban algunas cuevas subterráneas.

—¿Qué clase de notas?

—Unos signos. Nadie sabe lo que son.

—¿Escritura espacial?

—En mi época se hablaba de esto, pero nadie pudo ver jamás una muestra para traducirla o descifrarla.

—Existe un código interespacial de signos... Me hubiera gustado ver esas notas.

—No pensé que pudieran tener importancia.

—Bien, ahora sigamos. El ruido viene de allá.

La gran plataforma tenía una única salida hacia el final que era de donde procedía el ruido.

De pronto el zumbido de la sirena que ya había desaparecido durante la ascensión se reprodujo.

—Otra vez el zumbido... Va hacia dónde vamos —murmuró Proktor.

—Sí. Es curioso.

—¿Tendrá algún significado?

—Tal vez...

—Es como si nos siguiera... O indicara el camino.

—Algo de eso debe haber.

—¡Wander! Es posible que esté poniendo en guardia a... lo que sea que haya al otro lado del umbral.

—Procura no descuidarte, Proktor. Pronto saldremos de dudas. Estaban ya frente al umbral.

—¡Mira, Wander! ¿Qué es eso? —preguntó Proktor señalando el centro de la estancia y trazando un círculo simbólico con el índice.

Capítulo XIII

EN el centro de la espaciosa estancia se encontraba una extraña forma rectangular, alta, como de unos cinco metros con una plataforma en la parte de delante, a modo de pupitre.

Alrededor, otras cuatro instalaciones del mismo estilo, pero de menor envergadura flanqueaban la principal, por los cuatro ángulos de la misma.

No había nadie al frente de esas extrañas máquinas y sin embargo, los sonidos procedían de ellas.

Sin distraerse lo más mínimo, vigilando a derecha e izquierda los dos hombres avanzaron hacia la principal de las máquinas.

Unas ruedas dentadas, independientes unas de otras, giraban a uno y otro lado, mientras una luz central rojiza oscilaba continuamente.

No había ningún mando, ni botón, ni pulsador o palanca para hacer funcionar aquello o acaso paralizarlo.

Wander eligió otra de las máquinas menores, pero del mismo estilo y observó que poseían las mismas ruedas dentadas, cuatro también y una luz central.

Proktor vio lo mismo que el piloto. Todas y cada una de aquellas extrañas formas disponían de los mismos dispositivos.

—¿Quién hace funcionar todo esto?

—Eso quisiera saber, Proktor... Pero me temo que... —El piloto no pudo concluir la respuesta; porque un cono metálico surgió del techo aislándoles por completo en el centro de la estancia, en medio de las extrañas máquinas.

—Intentan cortarnos la retirada —exclamó Proktor—. Igual que la otra vez.

Aquello hasta el momento no había constituido el menor problema porque el arma de Wander podía abrir fácilmente un boquete. Por ello comentó:

—Es extraño que intenten acorralarnos si "saben", que podemos salir... Bien, todavía tenemos tiempo. El reloj señalaba el minuto cuarenta, por lo que todavía podían disponer de oxígeno por otros veinte.

—¿Qué diablos puede fabricar ese chisme? —comentó Proktor.

—No lo sé, pero, quisiera verlo por dentro.

El laminado no tenía juntas de ninguna clase. El material parecía ser idéntico al de las paredes y techos, y Wander encaró su fusil por la parte posterior.

—Sólo hay un sistema para entrar en las entrañas de ese artefacto —dijo.

Los dos cañones se pusieron en funcionamiento y, despacio, pero en forma progresiva se abrió un boquete en la lámina.

Entonces surgió la voz de algún lugar.

—No conseguiréis destruirnos.

Proktor se revolvió. Sólo pudo ver las máquinas más pequeñas y la pared circular que les había acorralado. No había nadie.

Buscó por delante y por detrás de aquellos armatostes sin encontrar a la persona o ser que había hablado.

—No lo busques, Proktor. Es el metal...

—¡No puede tener voz!

—Quizá el misterio se halle aquí dentro —repuso el piloto que ya había completado el agujero para penetrar en las entrañas de aquel enorme poliedro rectangular.

Una luz parecida a la que iluminaba el metal, o que emanaba del mismo metal permitía ver el interior de la "cosa".

Proktor lanzó un silbido.

En el centro de una mesa metálica un motor de dos tiempos funcionaba para mover una correa laminada de transmisión que a su vez accionaba diversas ruedas dentadas.

Un contador automático iluminaba una casilla por la que discurrían constantemente unos signos pequeños.

—¿Qué es eso?

La pregunta había partido de Proktor y Wander creyó conocer la respuesta.

—Esto es un indicador de algo... Tal vez de la producción, o del número de vueltas de la rueda central —e indicó la rueda que giraba en el centro, movida por la rotación de su eje.

—Seguimos sin saber qué fábrica esto.

Una voz del exterior reveló la respuesta.

—Todo. Aquí se puede fabricar todo. Sólo falta el material...

—¡Conozco esa voz! es de... Sprangle! —exclamó Proktor.

—¿Sprangle?

—Uno de mis amigos. Uno de los que consiguieron entrar. Está fuera.

Salió a buscarlo, mientras Wander dejó apoyado su fusil para examinar otro proceso del movimiento de la maquinaria.

—¡Sprangle! ¡Sprangle! —gritaba Proktor entre las otras máquinas.

Tuvo como una visión. En el relieve de la pared circular apareció un extraño rostro.

Proktor perdió el habla.

Aunque desfigurado, aquel rostro era el de su amigo.

—¡Sprangle! Queremos ayudarte. A ti y a todos los que os halláis prisioneros...

—Nadie puede ayudarnos. Estamos al servicio de la Fábrica —repuso la voz.

Sprangle hablaba de modo confuso e impersonal, tal como lo había hecho antes Borges, o el amigo de Stanislas.

—¡Wander! —gritó Proktor—. Es él. Míralo... Es como los demás.

El piloto asomó la cabeza fuera.

—¡Proktor! Creo que quien hizo esto descubrió por lo menos el movimiento continuo. Es una fórmula simple, elemental, pero los resultados saltan a la vista.

Salió para reunirse con su compañero. Había dejado el fusil apoyado en el interior, sin pensar en las consecuencias que no tardarían en producirse.

Al reunirse con Proktor el boquete de la máquina cobró vida y comenzó a juntarse.

Sprangle desapareció.

—Es espantoso, Wander —exclamó Proktor—. Espantoso...

—Creo que empiezo a comprender la realidad... Vamos a salir de aquí para rellenar nuestras escafandras de oxígeno... Por nada me hubiese querido perder esto. Puede ser monstruoso, pero la idea principal es buena.

—Sí, vamos a salir de aquí —murmuró Proktor.

Pero al regresar junto al boquete, éste ya no existía.

—¡Se ha cerrado! —exclamó Proktor.

Entonces el piloto se dio cuenta de que había dejado el fusil dentro.

Era ya demasiado tarde.,

Capítulo XIV

—NO es posible hacer nada —murmuró Wander—. Tendremos que probar con la pistola.

Se refería a la pistola que había prestado a Proktor que deseoso de utilizarla para poder salir de aquel extraño encierro apretó el gatillo contra el muro.

El rayo único chocó contra la plancha que sin embargo, se mantuvo indestructible.

—¿Qué le ocurre a esto, Wander?

—Lo que imaginé. El rayo es insuficiente para perforar ese metal. Hace falta el combinado químico.

—¡No podremos salir de aquí!

—Déjame —repuso el piloto tomando el arma.

Fue tanteando la pared, como buscando un lugar más apropiado para intentar la perforación, pero desistió.

—Es inútil. Todo es igual.

—¡No saldréis de aquí! —espetó entonces la voz entrecortada de Sprangle. Su figura apareció como proyectada en el muro circular.

El piloto se volvió hacia él.

—¡No! —gritó Proktor—. Es un amigo mío. No..., no le hagas daño.

—¿Un amigo? ¿Por qué no nos ayuda, entonces? No hay amigos, Proktor... Estamos prisioneros de una fábrica viviente, de un metal humanoide...

Sprangle desapareció de nuevo como si formara parte de ese mismo metal que les encerraba, que les condenaba porque en el tiempo fijado para la duración del oxígeno de la escafandra ya restaba muy poco.

—Diez minutos. Sólo nos quedan diez minutos. Tenemos que pensar —manifestó Wander.

Proktor cargó contra la pared y en sus hombros notó la dureza del metal que le cerraba la salida. Todo era macizo, compacto, indestructible.

El piloto probó de nuevo con el arma y el rayo siguió impotente para perforar la lámina.

—¡Estamos atrapados, atrapados...! ¡Maldita sea! —gritó Proktor recorriendo como animal enjaulado aquellas extrañas instalaciones.

El piloto examinaba el exterior de una de las pequeñas máquinas.

—Es cierto que puede fabricarse todo... En la granja vi un conducto que debe pasar por debajo. Debe comunicar con el resto de las instalaciones. Este es sólo el cerebro motriz. Una máquina piloto y cuatro unidades auxiliares.

Proktor guardó silencio, dejando que el piloto continuara explicando sus impresiones, o lo que había logrado descubrir.

—Se podrían fabricar piezas para las naves, y naves enteras... Hay un depósito de combustible que se autofabrica...

—Pero... ¿de qué sirve todo esto?

—Ahora para nada, Proktor... Excepto para metalizar la materia.

—¿Materia humana?

—Sí. Materia humana. Mientras podamos respirar seguiremos siendo libres, luego ya nada impedirá que pasemos a ser dominados por las máquinas, metalizados. Es la reserva. Los que vimos en aquellas cavidades. Una vez faltos de oxígeno alguna fuerza exprime el cerebro hasta desmaterializarlo, luego esa rara atmósfera vaporizada convierte los hombres en materia distinta.

—¡Una fábrica transformadora de materia! —exclamó Proktor dándose cuenta de la realidad.

—Esa es la palabra exacta, Proktor. Transforman la materia para metalizarla... Algún dispositivo podría cambiar el sistema, seguramente, pero haría falta recorrer todas las instalaciones. Conocer el origen de todo, el sistema ideado, la fórmula para llegar hasta esto.

—Quien lo dirige debe saberlo..., ¿por qué no habla con nosotros? ¿Por qué se esconde? Él sabe, creo, que estamos aquí... ¡Alguien tiene que saberlo!

—Me temo que no, Proktor —repuso el piloto pensativo.

Consultó el reloj, los segundos transcurrían veloces. El tiempo se agotaba. Ocho minutos, tan sólo ocho minutos les quedaban para respirar.

—¿Por qué no, Proktor? Alguien tiene que estar al frente. Quizá más arriba. Esto es enorme, hemos recorrido solamente una parte ínfima de este inmenso edificio.

—O mucho me equivoco, Proktor o... no hay nadie aquí. Excepto tú y yo.

Proktor enarcó las cejas. No comprendía, o se resistía a entender la terrible verdad.

—Esos seres laminados, carecen ya de vida. Al menos lo que entendemos por vida. Ahí está la explicación, la que presumí desde el principio... Nadie sale a atacar porque no existe nadie para hacerlo.

—¿Las máquinas...?

—Nadie las impulsa. Funcionan porque alguien ideó el sistema para que jamás se paralizaran. Hacen un trabajo programado, que sólo cesará en el momento en que pueda cambiar el sistema... Este es el secreto de "La Fábrica".

—Una fábrica que funciona sin que nadie impulse sus máquinas —murmuró Proktor comprendiendo al fin, cediendo a toda duda—. Una fábrica que no necesita más material humano que el que penetra libremente.

—Eso es, Proktor. Y cada ente se convierte en lámina de reserva que se incrusta en las paredes, en los pisos, en los techos. Una máquina humana que se nutre de los cerebros que absorbe... Todo esto, Proktor, todo lo que nos rodea tuvo un día vida propia, y aún la tiene... La Fábrica es... un ente humano. Algo espantoso...

Quedaban sólo seis minutos. Seis minutos de oxígeno, seis puntos en el reloj para que la vida se extinguiera.

—Creo que ha disminuido la presión del aire —anunció Proktor.
Era el anuncio del inminente fin.

Capítulo XV

DONNA Borges había estado examinando aquellos papeles que le mostró Stanislas.

Los extraños signos en ellos revelados dieron una idea a la muchacha.

—Esto podría ser lenguaje interespacial, pero yo no comprendo nada. Algunas veces nos han presentado muestras, pero sólo son estudiadas por los que tienen la misión de viajar... Seguramente que aquí debe de haber un electrodescifrador. —Y la muchacha buscó por el interior de la astronave el objeto que necesitaba para hacer la comprobación.

Cerca del pupitre, en una mesita adicional al puesto de mando de la nave, donde estaban unas pantallas indicadoras de controles y demás circunstancias de los vuelos, Donna encontró al fin lo que necesitaba.

—Aquí está. —Era como una especie de cubeta con el detalle de los mandos para el descifrado de mensajes o traducciones—. Sí. Debe ser esto.

Tomó uno de los dos papeles que le había mostrado Stanislas y lo ajustó a la pequeña pantalla, por debajo del cristal. Luego manipuló los botones. Tuvo que repetir y hacer nuevas pruebas hasta que los signos coincidieron con la clave que al fin había aparecido reflejada en el cristal.

Un indicador anotó en la pequeña pantalla:

"Cifrado en la pantalla, número dos. Encienda la lámpara y preste atención."

Aquello indicaba que pulsando el botón de la pantalla número dos aparecía la traducción de la clave interespacial.

—Es lo que yo pensaba... Una clave antiquísima, Stanislas. Debió haberla mostrado a Wander antes de que se metiera en esta horrible Fábrica.

Stanislas se encogió de hombros. No acertaba a comprender el alcance de aquellos raros signos.

Y la pantalla comenzó a traducirlos al lenguaje de Donna, al lenguaje universal adoptado en el planeta Tierra:

—"Código del año 4000. Sin variación" —se apuntaba en la pantalla.

El código del año 4000 era el vigente en el planeta Tierra, por lo tanto, la traducción correcta comenzaba:

—"Este es el resultado de la fórmula prevista... La transformación de la materia es elemental. Las máquinas responden perfectamente. Producen, transforman y renuevan. Pero existe un error que me es imposible subsanar. Estoy aislado del resto del planeta. Carezco de ayuda y me encuentro atrapado en mi propio sistema. Lego estos apuntes a los futuros habitantes de ese paraíso... Atención, atención, es importante que se sigan mis instrucciones. Se puede lograr la perfección rectificando el error, pero primero es necesario: **DESTRUIR LA FABRICA.**"

—¡No! —exclamó Donna al ver la continuación del manuscrito cifrado.

"Para que nadie vuelva a quedar atrapado en el Interior..."

La nota seguía.

Donna a medida que iba leyendo comprendía la gravedad de la situación que atravesarían todos aquellos que cruzaran los muros de "La Fábrica".

Mentalmente, la muchacha iba asimilando los datos, las notas y su temor por la suerte de los dos hombres que habían entrado allí aumentaba a medida que los signos eran descifrados por la pantalla automática.

"La fórmula exacta del sistema pertenece al antiguo cuadro de datos de las tablas «Arostenas»..."

—Wander debe conocer esto —se dijo a sí misma hablando en voz alta ante la expectación de Stanislas, y la de su propia madre.

La pantalla seguía traduciendo datos sobre la perfección absoluta del sistema de vida humano y vegetativo.

Se refería a los cambios a introducir, pero insistía en la necesaria destrucción de las fórmulas aplicadas para que, utilizando el mismo sistema, reconstruido todo lograra su objetivo.

Cuando el mensaje había sido ya traducido en su totalidad, Donna buscó el botón donde podía leerse: "Reproducción."

El mensaje quedó automáticamente reproducido; ahora sólo faltaba hacerlo llegar a los que estaban en el interior.

—Wander debe tener esto. Está corriendo un grave riesgo. Yo... Yo no puedo adivinar el alcance, pero aquí lo dice... El mismo investigador del sistema quedó atrapado.

—¿Atrapado? —preguntó Stanislas.

—Sí, Stanislas. Es la fábrica perfecta... ¿No lo entiende? Toda materia queda transformada cuando absorbe la atmósfera interior... Hay un medio para cambiar esto, pero si Wander y Proktor no lo conocen a tiempo quedarán atrapados.

—¡Deme esto, yo entraré!

—No, no... Es necesaria una escafandra y conocer su manejo... Y la radio para transmitir con ellos. Usted no sabría. Nosotros estamos mejor preparados.

Y Donna buscó la escafandra para ir hacia el muro y atravesarlo.

—El revólver. Intentaré abrir un boquete con esto.

—¡Hija! ¡Ten cuidado! —espetó la madre.

Donna ya corría hacia el muro, pero no tardaría en darse cuenta de que la pistola no servía en absoluto para abrirse paso.

—¿Cuánto hace que han entrado? —preguntó uno de los que aguardaban junto a las paredes de la Fábrica.

—Faltan sólo cinco minutos para que agoten el oxígeno... ¡Tengo que entrar! —gritó ella.

No había otro medio. Todos lo sabían, pero Donna pensó en algo que le había dicho el piloto.

—¡Los disparadores de la nave! —gritó.

Pero la nave quedaba lejos. A unos trescientos metros del muro.

—Ayúdenme, por favor —pidió ella—. Necesitamos aproximarla al máximo.

Eran sólo siete hombres, pero reaccionaron como uno solo y se apresuraron a ayudarla.

El material de la nave, aunque ligero era demasiado para siete pares de brazos, porque había que moverlo a mano, arrastrarlo.

—¡Pidan ayuda a los demás...! El tiempo corre. Sólo quedan cuatro minutos...

—¡Yo lo conseguiré! —gritó Stanislas y corrió hacia el centro habitado del lugar.

Klaus, y el resto de los habitantes se mostraban escépticos, temerosos algunos, indiferentes los más.

—Unos hombres morirán allá adentro. Necesitamos la ayuda de todos.

Nadie contestó. Todos hacían oídos sordos a las súplicas de Stanislas.

—Lo que ocurre allá dentro nos atañe a todos. ¡Por favor! Despertad de una vez. Estáis todos adormilados. La vida os ha sido demasiado fácil hasta ahora. ¿Es que no sois capaces de prestar ayuda a vuestros hermanos?

—No debían haber entrado, Stanislas. Nadie se lo pidió —repuso el cachazudo y campechano Klaus sin importarle en absoluto su falta de colaboración, su indiferencia hacia los demás.

En el reloj de Donna los segundos corrían implacables.

Faltaban sólo tres minutos...

Capítulo XVI

TRES minutos por el reloj de Wander. Tres minutos de vida consumidos en aquel reducto sin salida posible.

—¡Dame eso, lo intentaremos de nuevo! —exclamó Proktor tomando el revólver que sostenía Wander pensativo.

Sabían que era inútil, pero no querían perecer sin luchar. Había que intentarlo todo hasta el último momento.

Los rayos surgieron del arma férreamente empuñada por Proktor para estrellarse inofensivas contra la plancha metálica.

Los segundos transcurrían sin que el objetivo se cumpliera. Proktor, exasperado, dejó de disparar y arrojó la pistola contra la pared que rebotó para caer sobre el asiento de una de las máquinas con el consiguiente chasquido metálico.

Wander levantó la cabeza.

—¡Las ruedas! ¡Tal vez podríamos paralizar el funcionamiento! —dedujo.

Proktor comprendió y tomó de nuevo la pistola para apuntar a las ruedas de la máquina central. Eligió la del centro y disparó.

Los rayos paralizaron durante unos instantes la función rotativa de la rueda y enseguida se produjo un chispazo parecido a un cortocircuito.

Un sonido sordo se produjo en el interior y comenzó a surgir humo de todas partes.

El escaso contenido de oxígeno en las escafandras de los dos hombres comenzaba a causar sus efectos. A ambos les costaba cada vez más llenar de aire sus pulmones y aquel vapor surgido tras el chispazo enrarecía todavía más el ambiente y su reducido espacio.

Faltaban sólo un par de minutos para el final. Menos aún... porque los segundos corrían. La aguja simbólica iba dando vueltas a la esfera del reloj.

El tiempo trabajaba en contra de los dos hombres.

Y entretanto...

Stanislas seguía con su intento de convencer a los demás.

—Sólo os pido que hagáis un esfuerzo para arrastrar la nave lo más cerca posible del muro. ¡Nada más que esto! ¡Será Donna quien entre!

¿Es que no sois capaces de la menor ayuda...? ¿Es que nadie de vosotros quiere echar una mano a los compañeros...? ¡Malditos seáis! ¡Malditos todos! Hemos vivido bien porque nunca hemos pasado verdaderas necesidades... Pero... ¿tan poco nos interesan los demás? ¿Quiénes somos en realidad...? ¡Yo os lo diré! Unos seres que no merecemos vivir... Y que no viven... porque acaso estamos todos muertos, hace años..., hace siglos.

Todos se hallaban pensativos, rumiando tal vez en su existencia anterior casi olvidada. En la resignación de vivir en aquel sitio que no habían elegido y en el que ninguna de las necesidades normales y lógicas de la vida cotidiana les había hecho sentir la necesidad de luchar por nada.

Faltaba sólo un minuto para que los dos hombres que estaban en la Fábrica terminaran el aire que quedaba en su depósito.

—¡Hay una reserva! Es poca cosa, pero si se ahorra lo suficiente prolonga el oxígeno —decía Wander en aquellos momentos.

Proktor contenía la respiración. No estaba dispuesto a malgastar la escasa vida que le quedaba.

Sudaba, sudaba pensando en algo de lo que durante su estancia en el habitáculo no se había tenido que preocupar nunca. Pensaba en sobrevivir.

Stanislas había agotado ya sus fuerzas.

—En mis tiempos la gente se ayudaba. Formábamos todos un gran pueblo... Ahora sé que nos teníais por incivilizados, pero... ¿quiénes son los incivilizados? Todos habéis vivido en épocas en las que os jactabais de luchar por la justicia social... Vosotros mismos lo habéis dicho... ¿Cuál es vuestra forma de entender esa justicia?

Algunos jóvenes se habían dejado convencer, quizá recordando pasajes de su propia historia, recordando sus tiempos.

Les siguieron otros mayores.

—Stanislas tiene razón... ¿Qué hacemos aquí? ¿Vivir para vivir? No creo que eso valga la pena... Si ayudamos a ese piloto y a Proktor quizá tengamos oportunidad de regresar... Podemos ser útiles a nuestros hermanos.

—Pero ésta ya no es nuestra época —terció otro. Moriríamos si intentáramos salir de aquí. Nuestra verdadera vida es ésta...

—No es el momento de discutir. El tiempo apremia —cortó Stanislas.

—¡Aquí no existe el tiempo! —terció el que había hablado antes.

Los jóvenes ya habían empezado a dirigirse hacia la nave imitados por los demás.

Otros se agregaron.

Quedaba medio minuto tan sólo.

Todos juntos comenzaron a empujar la nave.

—Hay que darle la vuelta —dijo Donna colaborando también en los esfuerzos de los que habían acudido a ayudar.

La fuerza de todos juntos comenzaba a dar sus frutos. Sobre el suelo limpio y ligeramente arenoso, el trípode sobre el que se sostenía el bólide comenzó a girar.

—¡Todos a una! —gritó alguien.

La nave encarada ya hacia la Fábrica fue empujada por todos a la vez y comenzó a avanzar.

El tiempo había concluido. Donna miraba aterrada las manecillas del reloj.

En el interior de la Fábrica, los dos hombres contenían la respiración, ahorraban el fluido vital, mientras Proktor destruía el resto de las ruedas exteriores.

Fue cuando el rayo paralizó la luz de la máquina central que surgió la voz.

Era la voz de Sprangle materializado como un relieve sobre la pared circular.

—Estáis atrapados... La destrucción acabará con vosotros —dijo el recién aparecido.

Proktor gastó un poco de vida en replicar a su amigo.

—Tú eras uno de los que yo quería salvar, Sprangle... ¿Me oyes? Intentaba librarte...

Sprangle parecía no entender aquellas palabras y Wander evitó que su compañero desperdiciara más aire.

—Es completamente inútil. Está deshumanizado. Ahórrate aliento.

Sprangle seguía allí, como si aguardara el final próximo de los dos hombres. Estaba como pegado a la pared.

—¡Ayúdanos, Sprangle! ¡Ayúdanos! —gritó Proktor.

Pero Sprangle no contestaba, permanecía impertérrito, rígido.

—¡Acaba con él, Proktor! —exclamó el piloto.

Proktor seguía con el arma en la mano, mirando fascinado el cuerpo metalizado de Sprangle.

Wander saltó materialmente sobre su compañero y le arrebató la pistola.

—Es necesario —gritó.

Proktor esa vez no opuso el menor impedimento y Wander comenzó a disparar.

El rayo alcanzó de lleno la silueta de Sprangle y esta vez su poder destructivo se dejó notar.

Un extraño vapor se desprendió de Sprangle a medida que los rayos volatilizaban su cuerpo.

Proktor observaba horrorizado la escena. Le pareció que un gesto de dolor se producía en la faz de Sprangle, mientras el rayo destructor continuaba consumiéndole.

Pasaba ya un segundo del tiempo límite. El oxígeno de la reserva funcionaba para los dos hombres que continuaban atrapados en el interior.

Pero la destrucción de Sprangle había de producir un cambio insólito en la situación.

Y mientras, los ayudantes de Donna habían conseguido arrastrar la nave hasta un centenar de metros del muro.

—Puede que sea suficiente. Voy a probar —dijo ella y entró en el vehículo dispuesta a accionar los disparadores.

Capítulo XVII

LA expectación entre aquellos hombres desconocedores de las nuevas técnicas en armamento de la época de Donna llegó al límite cuando ella, con el deseo de no desperdiciar ni un solo segundo, manipuló la manivela y apretó el pulsador rojo para abrir fuego contra la muralla.

La potencia del rayo destructor, similar a la combinación química de los fusiles, abrió la brecha en la pared laminada y el boquete suficiente para la entrada, alivió la tensión general y la de Donna en particular.

Provista de los aparatos inyectoros de oxígeno y portando la escafandra atravesó el muro por el agujero abierto para ir en pos de los hombres atrapados en aquellas paredes.

Una mochila espacial le permitía llevar los aparatos para el oxígeno de repuesto, y los demás artefactos que consideró podían serle útiles para aquel viaje a lo desconocido.

Alumbrándose con una de las linternas avanzó hacia la escalera, al tiempo que accionando los altavoces de su escafandra, llamaba a pleno pulmón:

—¡Wander! ¡Proktor! ¡Respóndanme...! Soy Donna... ¿Pueden oírme? ¿Respóndanme?

Las paredes triplicaron su propia voz a consecuencia del eco, pero ni Proktor ni Wander podían oír la llamada de quien les llevaba el soplo de vida que necesitaban.

¿Qué podían hacer entretanto? ¿Qué circunstancia había surgido tras los rayos que Wander dirigió a Sprangle?

El cuerpo corroído por la acción mortífera del arma del piloto repercutió en la pared situada a la espalda del hombre metálico.

Los gases corrosivos al mezclarse con la lámina parecieron cobrar una nueva y desconocida fuerza y lentamente volatilizaban el muro que les mantenía atrapados.

—¡Mira! —gritó Proktor sin apenas voz.

Habían transcurrido ya cinco minutos y la reserva estaba tocando a su fin.

Wander observó el desmoronamiento de la materia que progresivamente iba aumentando el paso.

Mirando en derredor era fácil observar cómo la pared se reblandecía, perdía consistencia.

—¡Es la máquina! Al paralizarse disminuye su poder... —murmuró el piloto.

Con la pistola disparó contra las ruedas en funcionamiento y a la vez que aumentaba el vapor derretía los muros.

Ya era posible pasar al otro lado, sin embargo Wander sabía que aquél era un buen momento para proseguir la investigación.

—Es una lástima... Ahora todo ha cambiado... Toma, termina con las otras máquinas. Hay que paralizar el sistema.

Entregó el revólver a Proktor mientras él examinaba la lámina de la

máquina piloto.

—Esta... ésta también cedería ahora... Lo intentaremos. Tenemos que hacerlo... —Le costaba hablar, porque sus pulmones necesitaban la renovación del aire.

Proktor destruyó las ruedas, las luces oscilantes cuando estaba ya al límite de sus fuerzas.

—Es inútil... Si no conseguimos recuperar el fusil no podremos salir de aquí.

Quedaba demasiado trecho, y además de recorrerlo se hacía necesario poder taladrar el muro.

Donna seguía gritando mientras se hallaba ya a la mitad del primer tramo de la escalera. Ella ignoraba el camino que debía seguir y su única confianza en llegar lo más pronto posible junto a los dos hombres en peligro era que ellos la oyesen y pudieran indicarla por dónde debía continuar.

—¡Wander! ¡Wander! ¡Proktor! ¿Dónde están? ¡Wander! —Repetía angustiada las llamadas, mientras en lo alto del segundo piso o plataforma de la fábrica, los dos compañeros se arrastraban por el suelo, avanzando hacia la escalera.

Su situación ya no podía prolongarse, los pulmones necesitaban oxígeno para subsistir. El piloto con su esfuerzo logro quitarse la escafandra para probar el ambiente. Era una última esperanza quizá por el deseo de prolongar hasta el máximo sus esperanzas.

—Es... es posible aguantar un poco. Todavía se puede respirar — consiguió decir entre jadeos a su compañero.

Proktor se quitó también la escafandra y consiguió reponerse ligeramente.

El aire exterior aunque viciado era mejor que carecer de él, pero ambos sabían por experiencia que sus pulmones pronto rechazarían aquella clase de ventilación enrarecida, mareante, que terminaba con privar de los sentidos.

Consiguieron avanzar algo más en dirección a la escalera y entonces Wander creyó oír la lejana voz de Donna.

Efectivamente. Ella seguía gritando. Había aumentado el volumen del altavoz exterior de su escafandra y el eco llevó hasta los hombres aquella voz portadora de esperanzas.

—¡Es Donna! ¡Ha conseguido entrar! —gritó el piloto y a su vez respondió:

—¡Aquí! En la segunda planta. Sube por la escalera, Donna...

Ella había captado el mensaje, pero sabía que la voz llegaba de arriba y aceleró la marcha.

Había llegado ya a la primera plataforma. Fue cuando se disponía a continuar que aparecieron las siluetas. Avanzaban hacia ella.

—¡Eh...!, ¿qué es esto?

El terror la paralizó. Aquellos seres estaban ya muy próximos a ella cuya única salida era subir la escalera. Lo hizo, pero los entes, medio humanos medio metálicos, la siguieron. Caminaban con ligereza y ella sentía su

presencia tras de sí.

—¡Donna! —gritó una vez más Wander desde lo alto.

Pero Donna se sentía paralizada cuando férreas manos, fuertes como ganzúas, le impidieron que continuara avanzando. La habían sujetado. La inmovilizaron por completo.

—¡Wander..., Proktor! —gritó ella—. No puedo seguir... ¡Wander! ¡Socorro!

Estaba pidiendo socorro a quienes intentaba socorrer. No podía hacer nada... La llevaban a descender hasta la plataforma primera. Tiraban con fuerza, rodeándola.

—¿Quiénes son ustedes..., qué quieren?

Donna intentó zafarse del acoso de sus aprehensores, más todo intento resultó totalmente vano.

Llegaron hasta otra escalinata, desconocida de Wander y Proktor y la obligaron a subir.

El piloto había agotado sus últimas fuerzas y permanecía inmóvil, a punto de perder el sentido. Proktor únicamente había conseguido llegar a su lado, pero su situación era idéntica a la de su compañero.

Entretanto Donna continuaba forcejeando. Se sentía sujeta por la mochila con los inyectores que en la lucha perdió.

—Déjenme... ¡Déjenme! ¡Sólo quiero salvar a dos hombres...! No les causaré ningún daño.

Cuando la soltaron se encontró en una estancia sin salida. Un extraño generador que en el centro de la sala funcionaba a tope. Largas tuberías conductoras de energía atravesaban muros y techo.

—¿Qué es esto? ¿Dónde estoy?

No podía salir de allí, paredes adicionales la aislaban por completo del resto de las dependencias.

De pronto aquellos hombres que la habían llevado hasta allí quedaron adosados a la pared, como impresos en el mismo metal hasta difuminarse por completo.

Se encontró sola. Completamente sola.

Era el fin.

Capítulo XVIII

PROKTOR estaba viviendo sus últimos instantes y se aferraba a ellos.

Junto a sí vio el cuerpo del piloto y murmuró:

—Debemos... intentarlo...

Lo arrastró hasta al lado mismo de la escalinata. Tropezó con algo y, sin poderlo evitar, los dos cayeron rodando.

Las luces de sus linternas trazaron círculos en el vacío, en las paredes, en la plataforma del piso inferior hasta quedar fijas en un punto.

El piloto vio algo que la luz reflejaba. Algo que sabía perfectamente de qué se trataba.

—Inyectores —apenas pudo murmurar.

En su tremenda lucha por la subsistencia creyó encontrar la fuente de la vida. ¿O acaso era un espejismo?

—Allí... Inyectores de aire... —Y Proktor volvió sus cansados ojos hacia el punto que indicaba el índice de su compañero.

—¿Inyectores?

—Hay que... conectarlos con el orificio de entrada. —Ya no pudo decir más.

Maltrecho, Proktor bajó a trompicones. Los inyectores no estaban lejos, pero en aquellas condiciones el andar un centenar de metros era poco menos que una distancia insalvable.

Aun así agotó todas sus posibilidades. Tuvo que recorrer a rastras los últimos metros y su diestra alcanzó por fin uno de los aparatos.

"El orificio de entrada", pensó.

Con manos torpes lo buscó en la escafandra que había llevado consigo, hasta dar con lo que buscaba.

Ya ni aliento le quedaba, sólo la sed de vivir consiguió que al primer ramalazo de aire se acondicionara el depósito de la escafandra que consiguió colocarse.

Le costó trabajo aspirar las primeras bocanadas de oxígeno, pero en unos segundos supo que estaba volviendo a la vida. Sujetó el inyector con una mano y tomó el otro con la otra para volver hacia su compañero, si es que aún le encontraba con vida.

Subió rápidamente la escalera y ya con más fuerzas conectó el segundo inyector.

Lentamente el piloto comenzó a recuperarse. Cuando tuvo el aliento necesario pensó en Donna.

—Ella está ahí... Fue la que nos trajo esto. Estoy seguro. Algo le debe de haber ocurrido. ¡Tenemos que buscarla!

Tardaron sólo el tiempo de vaciar los inyectores de oxígeno y comenzaron la búsqueda a partir del lugar donde habían aparecido tirados los dos aparatos. Estaban al pie de la escalera desconocida para ellos.

—¡Por ahí! —exclamó el piloto.

Subieron rápidamente para encontrarse con un recinto completamente cerrado.

—Esas malditas paredes. Seguro que han tapiado la entrada —murmuró Wander.

Entretanto la muchacha se había acercado al breve cuadro de mandos del generador. Un par de palancas y dos pulsadores era lo único que había en el panel metálico, sin indicaciones de ninguna clase.

Con mano temblorosa se aproximó a los mandos. Necesitaba abrirse camino porque además de pensar en sí misma seguía pensando también en los hombres atrapados allí dentro.

Pulsó uno de los botones, pero nada pareció cambiar ni en el generador, ni en las paredes circundantes.

Probó con el otro con el mismo resultado.

Las palancas no respondieron cuando trató de moverlas. Parecían atascadas o acaso iban demasiado fuertes.

Al otro lado del panel, en aquel laberinto metálico Proktor encontró la mochila de la muchacha.

—Mira esto, Wander...

—Sí. Es de ella. —Y el piloto lo tomó para ver qué habla en su interior. Así fue como dio con las hojas reproducidas de la traducción.

—¿De dónde has sacado esto...? —inquirió.

—¿Qué es? —preguntó Proktor.

—La traducción de un mensaje interespacial... Ahí está el original—. Y al mostrarlo a Proktor lo reconoció enseguida.

—¡Son los papeles que tenía Stanislas! ¿Crees que son importantes?

—¡Claro que son importantes! Es un informe completo de la construcción de esa Fábrica. Eso es antiquísimo... Parece increíble, pero se remonta más allá de la prehistoria conocida.

Wander leyó para sí, ante la impaciencia de Proktor.

—Transformación de materia..., automatismo... ¡Rayos! Es lo que yo te había dicho Proktor... La Fábrica no necesita personal. Se autoalimenta a sí misma, posee las fórmulas para toda la fabricación necesaria.

—Pero ¿a quién sirve?

—A nadie porque quien lo ideó cometió un error.

—Todo esto es un error.

—No, Proktor. Es la suma perfección, pero será necesario destruirla... Aquí dice cómo hay que hacerlo. ¡Cuánto me gustaría poder conocer a fondo todos los procedimientos y llevarlos a mi planeta!

—Pero dice que hay un error.

—Es ahí donde se debe subsanar.

—¿De qué error se trata?

—En la conversión de la materia no se separó a los humanos. Por eso nadie puede subsistir con vida propia aquí. Una vez conseguida la separación

del material humano ya no habrá ningún peligro. ¿No te das cuenta, Proktor? Es el mejor de los ingenios. Todo se resuelve con un simple planeamiento. Se pueden construir naves, obtener el combustible adecuado a cada viaje, fabricar armas poderosas para cuando es necesario defenderse. Se puede conseguir todo.

—¿Y todo esto...? —empezó Proktor.

—Significa el bienestar para siempre. El fin de todos los problemas.

Proktor sonrió.

—Estaba pensando, Wander si todo esto... no lo tenemos ya en nuestro habitáculo. El piloto frunció el entrecejo.

—Lucháis en la Tierra como hicimos nosotros en nuestra época. Lucháis por conseguir el bienestar... Nosotros sin buscarlo lo hemos encontrado.

—Sí. Es posible —admitió Wander comprendiendo—. No obstante... Los conocimientos son para divulgarlos. En la Tierra no se goza de los privilegios de ese planeta perdido. Tienen derecho a conocer todo lo que pueda ayudarles a conseguir ese fin.

—Sí. Quizá para la Tierra ése sea un buen descubrimiento.

—Hay una pieza en este edificio que controla los procesos de fabricación. Es donde puede obtenerse todo. Tenemos que encontrarla.

—¿No piensas destruir la Fábrica?

—Sí, porque supone un peligro y además se interfiere en los vuelos y en las comunicaciones. Es el obstáculo por lo que las naves se pierden, pero primero necesito hallar ese fallo, tomar todos los datos posibles... Tratemos de encontrar primero a Donna.

—Iba a proponértelo —repuso Proktor.

En aquel instante, Donna, con un gran esfuerzo, consiguió mover una de las palancas del generador.

Todo el edificio vibró como sacudido por un seísmo. El generador aumentó la presión de forma considerable, y las paredes resonaron como si miles de palos la sacudieran haciendo resonar su bóveda como una vieja campana.

El calor aumentó y lentamente el edificio cambió de color tomando un tono rojizo.

—¡Vamos a abrasarnos, todo se está poniendo al rojo! —exclamó el piloto.

Capítulo XIX

LA combustión de la materia había convertido la Fábrica en un gigantesco horno.

Donna en el recinto del generador forcejeaba con la palanca para devolverla a su sitio.

Por su parte el piloto puso en práctica la única solución posible. Disparar contra un muro con la pistola de rayos.

—Las paredes reblandecidas por el calor ofrecerán menos resistencia —dijo.

Los rayos, en efecto tuvieron el efecto apetecido y contribuyeron a fulminar el metal.

Se desmoronó uno de los tabiques, pero Donna no apareció.

—¡Donna! ¡Donna! —gritaba Proktor mientras el piloto abría brecha en otro muro que igualmente aceleró su combustión hasta quedar totalmente derretido.

Donna seguía luchando con la palanca, mientras su cuerpo apenas podía resistir aquella terrible temperatura.

Desesperadamente Proktor perforó otro ángulo para salir a un corredor.

—¡Vamos! ¡Por aquí! —gritó.

Proktor, que sostenía la mochila espacial, encontró sin proponérselo la pistola que la muchacha se había llevado para entrar en la Fábrica.

—¡Voy a ayudarte, Wander! —exclamó y comenzó a accionar el arma

Cada vez la inestabilidad por el fuerte calor obligaba a los dos hombres a mayores esfuerzos.

Proktor al llegar al extremo de aquel pasillo disparó al azar contra otro de los muros que le impedían el paso.

El rápido derretimiento del material le permitió ver a la mujer.

—¡Donna!

—¡Ayúdenme! —gritó ella.

Los dos hombres pasaron por el interior del hueco en pos de la muchacha.

—Esa palanca... La he pulsado. Trataba de salir de aquí.

El piloto alcanzó la palanca y la volvió a su sitio, inmediatamente el temblor cesó y comenzó a disminuir el calor.

Donna había buscado protección en Proktor que la abrazaba. Sus miradas a través de las respectivas escafandras convergieron y el silencio se prolongó hasta que el piloto exclamó:

—¡Lo que imaginaba!

Con el cambio de temperatura, las paredes volvían rápidamente a su estado normal para reproducirse e iniciar automáticamente su autosoldadura.

—¡Nos quedaremos encerrados! —advirtió Proktor.

—¿Has probado la otra palanca? —inquirió el piloto dirigiéndose a la muchacha.

Ella negó con la cabeza.

Wander probó, pero estaba atascada.

—Ayúdame, Proktor.

Tiraron los dos con fuerza, hasta situarla en la conexión inferior. Rápidamente la presión aumentó con mayor fuerza que la vez anterior.

—¿Y cómo se consigue reducir? —masculló Proktor.

—No. No se consigue. La Fábrica no se puede detener nunca... Por eso el único medio es destruirla. Pero yo necesito llegar hasta el departamento de fabricación.

—No lo intente, Wander —se opuso ella—. Morirá abrasado.

—Váyanse ustedes... Con los tabiques candentes podrán perforarlos rápidamente. Dense prisa.

—No sea loco, Wander... No vale la pena. No conseguirá nada. Sólo la muerte.

—Quiero conocer ese secreto. ¡Vamos! ¡Dense mucha prisa!

—No le deje Proktor —pidió la muchacha.

—¡Váyanse, váyanse y no discutan! No podrán resistir mucho tiempo.

—Si usted muere... ¿Quién va a devolvernos a la Tierra?

—Ella tiene razón, aunque yo preferiría que se quedará... —Y la miró sintiendo algo que ya creía tener olvidado... Algo que a todos les parecía inexistente en aquel habitáculo. Sintió el deseo de estrecharla con fuerza y perdirla que se quedara para siempre... a su lado.

—Tiene que salir, Wander —insistió la muchacha.

Proktor comprendió que la muerte del piloto sería lo único que la retendría allí, sin embargo no podía disponer de su vida, sin que ella consintiera.

No había más que una forma. Apuntó con la pistola a Wander.

—¿Te has vuelto loco?

—Dame tu arma y sigue adelante —ordenó Proktor.

—¡No!

Habían perdido demasiado tiempo, el calor debilitaba su resistencia. Proktor actuó con rapidez. Golpeó el abdomen del piloto con el cañón del arma. Le obligó a inclinarse hacia adelante y repitió el golpe para insensibilizarle el tiempo suficiente mientras le despojaba de la escafandra.

Cuando Wander quiso reaccionar, Proktor le golpeó la cabeza para dejarle sin sentido.

Capítulo XX

LA huida no era fácil, y aparte de los grados de calor, estaba el lastre que suponía el cuerpo de Wander que transportaba. Proktor cargado en el hombro.

—Siga adelante. Hacia la escalera —exclamó Proktor a Donna.

Cuando la muchacha trató de cogerse a la barandilla tuvo que quitar la mano.

—¡No toque nada! —advirtió tardíamente Proktor.

No tenían más obstáculo ante sí que el muro que circundaba el edificio. Ahora estaba al rojo.

Proktor descargó el cuerpo del piloto y aplicó los rayos de la pistola contra la reblandecida valla metálica.

El hueco salvador se abrió en la pared. Era como retornar a la vida.

Fuera, todos se habían retirado a causa de la insoportable temperatura.

Una invisible combustión estaba derritiendo aquellos altos muros que durante tantas épocas habían encerrado el misterio.

—Deprisa. Hay que alejarse —dijo Proktor.

Wander comenzó a reponerse y protestó:

—Suéltame.

Cuando su compañero le dejó en tierra, el piloto se volvió hacia la Fábrica a trescientos metros de distancia.

Todo el muro de aquel lado era una materia rugosa enrojecida que se descomponía lentamente.

De algún lugar de las entrañas de aquella edificación sonó una sorda explosión y parte de la techumbre se hundió en el interior. Una llamarada precipitó el fin.

—El secreto... El secreto ha quedado allí —murmuró el piloto.

La gente asomaba a lo lejos, mientras el fuego continuaba su acción devastadora.

Proktor golpeó la espalda al piloto.

—Hubieses muerto, amigo... ¿Te das cuenta? Ese secreto jamás lo habrías conseguido... Y voy a repetirte la pregunta que te hice allí. ¿Crees que vale la pena? Lo importante era poder salvar a los que estaban dentro, y eso ha sido imposible. Tu bólide podrá regresar porque ya no habrá ninguna interferencia que se oponga para el despegue... Y si en la Tierra buscan un lugar sin problemas, que vengan aquí. Esto es inmenso... Cabe todo el mundo, ya ves que gozamos de ese bienestar.

—Te creía más inquieto.

—No lo digo por mí. La verdad es que yo deseo ir con ustedes. Si me admiten.

—¿Usted? —inquirió ella.

—Me quedaría, si usted se quedara, Donna. Si tú te quedaras... —Instintivamente se aproximó a ella y Donna aceptó el beso que él estaba

deseando darle.

—Hum... —murmuró el piloto alejándose—. Ya decidirán lo que quieren hacer. Esto todavía tardará en acabarse—. Y señaló hacia el fuego, pero ellos

—Proktor y Donna—seguían aún besándose.

Al separarse, la muchacha murmuró:

—Vas a perder un paraíso.

—Entonces, quédate tú.

—Es esto tan maravilloso —musitó ella mirando en derredor.

—Echarías de menos a tus amistades. Lo comprendo —repuso él y volvió a besarla.

EPILOGO

LA destrucción de la Fábrica había sido total. Una inmensa extensión oscurecida por el fuego indicaba el lugar en donde había estado ubicada. Ya no quedaba nada cuando la nave de Wander estaba dispuesta a partir.

—¿Dispuestos? —preguntó el piloto al pie del bólido.

—¡Oh, Wander! Todavía no te he pedido disculpas por haberte golpeado.

—Está olvidado. Además, con los pliegos que me ha dado Klaus, una vez descifrados quizá será posible intentar una reconstrucción..., en la Tierra.

—¿Le ha dado los pliegos? —preguntó Proktor mirando a Klaus.

—Sí. Nosotros no los necesitamos. Ya le he dicho qué es lo que encontramos al llegar aquí. Espero que estén todos y que tengan suerte allá en la Tierra.

Tres jóvenes habían tomado ya plaza para correr una aventura lejos del Paraíso. La madre de Donna también estaba acomodada en el interior de la nave.

Sólo faltaba ella.

—¿Y tú, amigo? —inquirió el piloto.

—Vengo con vosotros.

—¿De veras estás decidido? —inquirió la muchacha.

—Claro, y siempre nos quedará el recurso de volver si en la Tierra nos aburrimos. ¿No te parece?

Y el joven volvió los ojos hacia el piloto.

—¿Qué dices, Wander? ¿Sabrías encontrar la ruta?

—Está bien anotada en los mapas, amigo. Y me gustará ser yo quien os lleve, si os decidís a regresar.

—Pues adelante —exclamó Proktor, ayudando a Donna a subirse al bólido.

El saludo de todos los habitantes del lugar se perdió en la lejanía cuando Wander anunció el despegue, y la formidable atracción de aquel paraíso.

La mancha negra de la fábrica se perdió en la distancia. A ras del suelo el bólido era ya sólo un punto luminoso que cada vez se alejaba más hasta perderse en el espacio infinito.

Un secreto de incalculables siglos había sido desvelado para indicar a los hombres que desde remotas civilizaciones desconocidas de todos, otros congéneres suyos, posiblemente distintos de aspecto, pero sabios e inteligentes ya se habían preocupado del bienestar y del progreso.

La Tierra y otros planetas adelantados tenían mucho que aprender todavía.

Wander traducía los signos de las notas que le había facilitado Klaus.

—Me gustaría saber dónde está el error que cometieron los que construyeron "La Fábrica" —comentó.

Proktor se encogió de hombros:

—Tal vez no exista ese error, Wander.

—Tiene que haberlo.

—Primero convendría saber si la perfección total existe —repuso Proktor volviéndose hacia la muchacha para añadir—. Si la perfección es felicidad, yo creo que la felicidad es patrimonio de uno mismo. Cada cual debe encontrarla.

—Opino lo mismo —musitó Donna.

FIN